"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO
PSICOLOGÍA, ETC.

AÑO II	SAN JOSÉ, COSTA RICA, ENERO DE 1910	NUM. 12

Artes Ocultas y Ocultismo

por H. P. Blavatsky

(*Continuación*)

ENCERRAD, encerrad una banda de deshollinadores ebrios, completamente tiznados y sudorosos en un santuario alfombrado de paños blancos, y figuraos que en lugar de cambiar esos paños en harapos repugnantes, atraerán los deshollinadores la blancura sobre sus caras y vestidos, logrando así salir de allí inmaculados, como lo estaba el santuario antes de que ellos entraran. . . . .

. . . .

¡Extraña aberración del espíritu humano! Durante su cautividad en la vida terrestre, no tiene él otra conciencia que la de su intelecto, que nosotros hemos denominado «el alma humana». El «alma espiritual» es el vehículo del Espíritu. El alma humana ó *pasional* se compone, en su naturaleza superior, de aspiraciones, de voliciones espirituales y de amor divino; su naturaleza inferior formada de deseos terrestres, de pasiones animales, resultantes de su unión con el vehículo asiento de estas pasiones. El alma es entonces, la intermediaria entre la naturaleza animal del hombre, que ella trata de subyugar por su razón, y su naturaleza espiritual ó divina, á la cual va á reunirse cuando queda domado el animal interior. Este último es el «alma animal» instintiva, en que viven las pasiones que imprudentes entusiastas encierran en su pecho, tratando de adormecerlas en lugar de destruirlas. ¿Esperan ellos que las aguas cenagosas del sumidero animal podrán transformarse en las ondas cristalinas de la vida? ¿Sobre que

terreno neutro pueden ellas tener aprisionadas las pasiones para que el hombre no pueda ser afectado? El amor y la lujuria, vestias fogosas, quedan vivientes en el lugar en que han nacido, en el alma animal, porque ni la porción superior ni la inferior del alma humana les permite entrar en ellas, no obstante que no puedan evitar las manchas de su contacto. En cuanto al Alma trascendente—el YO, el Espíritu—es tan incapaz de asimilarse tales sentimientos, como le es al agua mezclarse con el aceite ó el sebo líquidos. Es pues, el mental, el sólo lazo que une al hombre de la tierra con el Alma trascendente, víctima de este estado de cosas, encontrándose constantemente en peligro de ser arrastrada á perderse en los abismos de la materia, á causa de las pasiones que pueden despertarse á cada instante. ¿Y cómo podría él ponerse de acuerdo con la divina armonía del principio superior, si esta armonía es destruida por la sóla presencia de las pasiones animales en el santuario en preparacion? Cómo llegaría á dominar la armonía cuando el alma se mancha y desconcierta á causa del tumulto de pasiones y deseos del hombre astral? Figuraos una jauría de perros introducida en una iglesia, que hiciera coro con sus aullidos al sonido del órgano.

Este «astral», este doble etéreo, que existe en el animal de igual manera que en el hombre, no es el compañero del Ego divino, sino del cuerpo físico. Es el lazo entre el yo personal ó el mi, consciencia inferior de *Manas*, y el cuerpo; sirve él de vehículo á la vida *transitoria* y no á la inmortal. Como nuestra sombra, así sigue él mecánicamente todos los movimientos, todas las impulsiones del cuerpo; queda siempre unido á la materia, y no sube jamás al Espíritu. Es solamente cuando la voluntad implacable ha destilado las pasiones en su retorta y las hace evaporar, cuando todos los deseos de la carne han muerto al par del sentimiento del yo personal, y que el astral es reducido á cero, cuando la unión con el YO puede tener lugar. En el instante en que el astral no hace más que reflejar al hombre domado, á la personalidad todavía viviente; pero desprovista de deseos y de egoísmo, entonces es cuando el brillante *Augoeides*, el YO divino, puede vibrar en armonía consciente con los dos polos de la entidad humana, el hombre

material purificado y el alma espiritual siempre inmaculada, y puede presentarse delante del Maestro mismo, el *Christos* místico de los Gnósticos, y confundirse con EL para siempre jamás. (1)

¿Cómo se puede pensar en que, con un pesado y torpe bagaje de pensamientos mundanos, de deseos materiales, de concupiscencia, de ambición y de deberes que, por muy honorables que sean pertenezcan al dominio de lo terrestre, pueda un hombre ser capaz de pasar por la «puerta estrecha» del Ocultismo?. Habiéndose hecho un verdadero abuso del concepto que envuelve la palabra Ocultismo, y resultando siempre de su práctica verdaderos fracasos cuando se carece de las cualidades que ella requiere, tuvo á bien el Maestro H. P. B. dar una caritativa voz de alarma al mundo por medio del famoso artículo cuya traducción termino aquí—aunque él es mucho más extenso—, puesto que con lo transcrito basta para poner de manifiesto, que lejos de ser el Ocultismo lo que el vulgo se imagina, y también muchos que no son el vulgo, *el substratum de ciertas obscuras artes*, es, por el contrario, la más árdua, noble y desinteresada empresa, á que los hombres pueden aspirar.

Tomás Povedano

---

(1) Aquellos que se inclinen á ver tres «Egos» en el hombre, se mostrarán incapaces de percibir el hilo metafísico de lo que acaba de decirse. El hombre parece una trinidad compuesta del cuerpo, del alma y del espíritu; pero el hombre no es otra cosa que una *unidad*, y seguramente no está él constituido por su cuerpo. Este último es la propiedad, el vestido del hombre durante cierto tiempo. Los tres «Egos» son el hombre bajo sus tres aspectos, en el plano astral, intelectual ó psíquico, y espiritual.

*
* *

A petición de nuestro antiguo y querido amigo el señor don Manuel Treviño, tan conocido por sus preciosas obras de propaganda escritas en favor de las ideas teosóficas, tenemos el honor de dar cabida en VIRYA á su notable artículo, «Filia, Bulia y Némesis», en el cual objeta el de nuestro eminente colaborador señor Roso de Luna, «Amor, Voluntad y Karma».

No obstante su divergencia de opinión, hemos visto con agrado, por carta particu'ar, el buen concepto que el señor Treviño tiene del amigo Roso, cuyo buen corazón y entusiasmo por el adelanto humano, le hizo considerar con verdadero optimismo el árduo asunto de que se trata.

Por la redacción,

TOMÁS POVEDANO

Filia, Bulia y Némesis

Los que saben no pueden hablar,
los que hablan no saben.

LAO-TSE

LEYENDO el artículo AMOR, VOLUNTAD y KARMA (véase VIRYA, Nº 9, pag. 156) disintiendo de las reglas que «nuestra Maestra H. P. B.» da en aquel interesante trabajo, que todo ocultista ó discípulo ha consultado mil veces, titulado OCULTISMO PRÁCTICO; (1) vimos á través de floridos párrafos, algo á modo de afirmación sobre si aquellas reglas, que obedecen á una *ley includible*, pudiera de ellas prescindirse valiéndose de la enérgica voluntad y del inexorable Karma. Pero ó

(1) Véase SOPHIA. Enero de 1910.

mucho se equivocaba H. P. B. al escribir aquellas instrucciones para sus alumnos y cuantos le pedían consejo para su estudio, lo que no es mi opinión en este caso, ó las tales reglas son imprescindibles.

Ciertamente, el Amor (Filia, no Eros) y la Voluntad (Bulia), esta última si es firme, son importantes factores para el estudio de la Sabiduría Divina (lo mismo que para la Magía Negra); pero estos factores juegan aquí, el Amor como el principal objetivo, y la Voluntad, el papel de la fuerza, dinamicidad y constancia precisas para vencer los mil y mil obstáculos que se oponen al cumplimiento de aquellos preceptos; obstáculos que nos hemos creado nosotros mismos con nuestra conducta en anteriores vidas. Para esto precisa la voluntad; para vencer, para aplazar el Karma (Némesis), la Ley inexorable que como producto de nuestras obras, nos rodeó de dificultades para el cumplimiento de la ordenanza del Chelado; ordenanza que obedece á leyes más importantes que las tan cacareadas de la ciencia física.

Si fuera posible prescindir de estas reglas impuestas al Chela para observarlas sin violencia alguna, como el que se mueve en un medio fácil, no se cumplirían por el discípulo, pues no son un capricho vano del Maestro, quien siempre trata de facilitar la obra del Chela en tanto que las leyes naturales se lo permitan. Ya lo dice H. P. Blavatsky en el citado trabajo:

«¡Cuán contrario no es todo esto á las nociones Occidentales de afección y de buenos sentimientos! ¡Cuán frío y adusto »no parece! Es un exceso de egoísmo, dirán las gentes, el »abstenerse de causar placer á los demás por no perjudicarse »en el desenvolvimiento de uno mismo. Está bien: que todos »cuantos piensan así difieran para otra vida la tentativa ardiente y real de entrar en el Sendero.»

Es el Karma, repito, que pesa sobre el neófito creándole esas dificultades, haciéndole ver montañas, donde solo se oponen á su paso granos de arena.

Que este sistema es el único que se debe y puede seguir, es cosa sabida por todos los estudiantes de ocultismo, sean ó no impacientes, pertenezcan á esta ú otra escuela, y asílo afirma la misma H. P. B. en la Clave de la Teosofía, pág. 19:

«Cuando nos prueben nuestros adversarios que algún es- »tudiante solitario del Ocultismo, á través de las edades, se ha »convertido en un Santo Adepto como Ammonius Saccas, en »un Plotino ó en un teurgista, como Jámblico; ó bien, ha lleva- »do á cabo hechos como los que se atribuyen á Saint Germain »sin maestro alguno para dirigirle, y todo ello sin ser un me- »dium, un iluso ó un charlatán; entonces confesaremos nuestro »error. Pero hasta que no llegue ese caso, prefieren los teoso- »fistas atenerse á la ley natural probada y conocida de la Cien- »cia Sagrada tradicional.»

La afirmación categórica y terminante contenida en este párrafo no puede ser desdeñada sino por quien esté ayuno de conocimientos teosóficos, aunque animado de la mejor buena fe. Todo progreso en el dominio de lo Oculto es imposible: a) Sin un Maestro que nos guíe. b) Sin someterse á cumplir las reglas necesarias. No se puede ser héroe sin heroísmo alguno, no basta decir: debo y quiero ser ocultista, si no se ponen los medios necesarios. Para esto es imprescindible la Voluntad, para penetrarse bien de que es un deber que uno tiene, y para querer de veras cumplir, pues no basta decir «QUIERO» si luego nada se hace.

Aquellos limitados y pasajeros poderes producto de un estado patológico especial, son deficientes y anormales, y así los considera H. P. B., cuando en el citado párrafo hace referencia á los mediums, etc., no conceptuándolos como adeptos de la ciencia oculta. Estos vislumbres del anormal, más producen perturbación que progreso; son visitas al plano inmediato al físico, sin el conocimiento y la purificación necesarias.

Ciertamente, el niño, cuando reencarna, regresa de esas playas celestes; pero antes de llegar al plano físico ha tenido que atravesar por otras tierras groseras, y por si esto no fuera suficiente, su aprendizaje en este plano, para poder manejar su nuevo cuerpo, le sumerge en un Leteo; causa principal por la cual no recuerda nada de cuanto se refiere á su estado prenatal y á sus anteriores vidas. El vehículo es puro, pero inepto, y cuando ya hombre, su deseo le induce á valerse de él para el conocimiento de otros planos, entonces ese vehículo

es impuro, y por eso se le recomienda que sea como el niño, recordando su pureza, no su ignorancia.

Por otra parte, parece que en el artículo «Amor, Voluntad y Karma», se trata de señalar estas reglas como únicas para el estudio del Ocultismo que se refiere á planos inferiores, aludiendo á la «Doctrina del ojo», cuando precisamente esas reglas tienden á hacer del hombre un ser de cuerpo puro y de MENTE PURA, apto para el desarrollo espiritual. Así dice H. P. B.:

«Los poderes y fuerzas de la naturaleza, pueden ser em- »pleados lo mismo por el egoísta y el vengativo que por el »altruista que perdona todo; pero los poderes y fuerzas del es- »píritu solo se entregan por sí mismos al de corazón perfecta- »mente puro y esto es la MAGIA DIVINA.»

Esto quiere decir que, no basta con el cumplimiento ciego de una disciplina, en tanto que el corazón no esté preparado y limpio, pues así solo se consiguen esos poderes que sólo sirven para deslumbrar á los espíritus infantiles y que tanto perjudican á su poseedor induciéndole á emplearlos en provecho propio con miras exclusivamente egoistas. Esta sería la «Doctrina del ojo»; pero aquella que constantemente aconseja H. P. B., solo puede ser la «Doctrina del corazón»; por eso siempre señaló los peligros del Hata Yoga y aconsejó las prácticas del Raja Yoga.

Todo hombre bueno puede ser, y es de hecho, un teosofista; pero para ser un verdadero ocultista se necesita ser bueno y sabio; y la sabiduría solo se alcanza por medio de un Maestro y cumpliendo estrictamente una disciplina. De otro modo ¿qué papel harían nuestros hermanos mayores si fueran inútiles sus sacrificios y anhelos para enseñarnos á andar? ¿No es su amor el que les guía para ayudarnos en el difícil camino de la evolución? Pues todo esto resultaría inútil si fuera fácil emprender el Sendero aislados, sin compañeros, sin guía para vencer sus muchas dificultades.

¿Quién es el temerario que se quiere lanzar á ciegas en un escabroso camino y desdeña la mano y los consejos de sus padres? Indudablemente es un niño de puro corazón, pero inexperto. Cegado por AVIDYA no ve.

«El escabroso Sendero de la cuádruple DHYANA que va ser-
»penteando hacia lo alto.» (1)

Por eso debe clamar con todo su corazón:

«¡Oh Maestro! ¿qué debo yo hacer para alcanzar la Sabiduría?» y aun así no olvidar que

«El discípulo ha de recobrar el estado infantil que perdió,
»antes que el sonido primero pueda herir su oído.»

«Ahoga tus pecados, enmudécelos para siempre, antes de
»levantar un pie para subir la escala,»

y piensa que

«La ignorancia misma es preferible á la Sabiduría de la ca-
»beza, si ésta no tiene la Sabiduría del Alma para iluminarla
»y dirigirla.»

«Ayuda á la Naturaleza y con ella trabaja, y la Natura-
»leza te considerará como uno de sus creadores y te prestará
»obediencia.»

Tal es el propósito del Maestro al enseñarnos aquellas pesadas y rígidas reglas que tienden á purificar el santuario para ser digno de que en él more el YO, y afinan la VINA para que pueda vibrar al unísono con los otros discípulos fundiéndolos en un celestial acorde.

Solo así se convierte el hombre en un cristalino manantial de AMOR Y PAZ.

MANUEL TREVIÑO Y VILLA

(1) Esta y las citas que siguen, son de *La voz del Silencio.*

*
* *

Esfumados

Música pitagórica

(A mi amigo don José Xifré)

SIEMPRE creí á fuer de poeta, en la pitagórica «Música de las Esferas»; pero jamás confié en poderlo apreciar «experimentalmente» por aquel principio sabio de que la realidad científica va más allá que el más bello de los ensueños.

Todo cuanto maravillase á César Cantú la invención de la bicicleta, que da dos ruedas veloces á las pesadas piernas del hombre, me ha maravillado á mí la invención del «Angelus», la más perfecta de las músicas mecánicas y que me permite ¡tocar el piano sin saberle!

¡Oh, eternos pedantes musicales; os veo venir con vuestras objeciones pseudo-doctas, esas objeciones que siempre tuvo el talento vulgar contra las genialidades revolucionarias!... La música mecánica, me estáis ya diciendo, desprovista de emotividad personal, no es aquella verdadera música que, fiel al precepto horaciano del «si vis me flere», ha de ser sentida por el ejecutante y hecha sentir telepáticamente al auditorio. Por eso, la vieja cajita de música, el vulgar piano de manubrio, el aristón gangoso y otros tales, son atentados contra el divino arte, concebidos en menguada hora por verdaderos impíos.

Nada más cierto que esto; pero las cosas no van por ahí, sino mucho más arriba, hacia el excelso campo de la ciencia y de la filosofía. Venid á verlo.

El «Angelus» es un carísimo mecanismo que provee al

piano de un macillaje movido por el aire de un fuelle. El aire sale por un cilindro hueco, y, al modo del aristón, da la nota correspondiente, gracias á una cinta sin fin, donde aparece inscripta la partitura con tallados análogos á los que lleva este odioso embeleco musical en sus discos. Un complicado juego de resortes, que el «ejecutante» maneja á voluntad, imprime todos los elementos del matizado musical, cosa que le coloca muy por encima de aquella familia de máquinas imperfectas, como le separa también de ellas el precioso detalle de dejar libres las manos, para que el verdadero pianista pueda ampliar las resonancias dibujando nuevas voces y acompañamientos.

De modo que esta máquina, llamada á perfeccionamientos ulteriores, es redentora, por ennoblecedora del hombre, cual lo son todas las máquinas. Cesa con ella el músculo en su labor animal y el nervio director reina, porque el aparato ejecuta, como fiel criado, la parte mecánica, dejando libres las manos y la mente del que le lleva. Bien que los iniciadores en el difícil manejo de la técnica operatoria sigan haciendo nuestras delicias; pero al vulgo de los que tocamos mal, ó no tocamos, se le debe una compensación; el niño, el viejo, el impedido, el campesino, el desterrado en «un partido judicial», toquen ó no, podrán oir á Beethoven fácil y fielmente, y, faltos del pan espiritual de un Paderewsky ó de una Filarmónica, por deliciosas habrán de saborear aquestas «tortas».

—Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con Pitágoras?— ¡Una friolera!

Cuando se mira atentamente el raudo deslizarse de la faja musical del «Angelus», lo que era antaño patrimonio del sentido auditivo y de la nota, pasa al sentido visual y á la geometría, y tamaño trastrueque encierra acaso la clave de un misterio cósmico, operándose fisiológicamente el conocido fenómeno patológico de la acuidad de un sentido en quien, por defecto físico, se haya privado de otro: ciegos, sordomudos, etc.

Es de ver, en efecto, la belleza geométrica que muestran en la consabida faja musical las partituras de los clásicos. La «Quinta sinfonía», que es cabalística, presenta series de triángulos con centro, proyecciones de otros tantos tetraedros; exágonos, que son proyecciones de otros tantos cubos: líneas

paralelas, líneas concurrentes y divergentes, y, en suma, toda una geometría musical que hasta podría dar, aunque no sé cómo, una gama sublime de coloraciones, si es cierto, según ya se asegura, que el color y el matiz dependen de la forma geométrica, con arreglo del principio de que nota, color y figura son la Trinidad natural, más excelsa, integrada por la divina Unidad del Número; fenómeno cósmico al que aludió Platón y que ha sido velado de intento por las viejas teogonías.

Mas la cosa no para aquí. Si una cinta del «Angelus» es toda una geometría, adaptada ya para producir sonidos con las complicadas guirnaldas de sus puntitos, «cualquiera otra cinta, serie ó sistema natural de crepúsculos ó puntos llevan en sí ocultas», por no adaptadas todavía, «las notas de una buena ó de una mala sinfonía», y esto si que es ya «Música de las esferas».

Veo deshojarse por la brisa las flores de un almendro y caer sus muertos pétalos, como nieve, sobre la mansa corriente del río, cuya cinta «instrumental» los va haciendo desfilar ante mi vista: yo, sordo á las secretas armonías naturales, nada oigo, es verdad, por mediación de mi oído físico: pero he tenido el capricho de llevar aquestas imágenes seriales á las placas de un cinematógrafo, calcando luego sobre ella una banda para el «Angelus» y apenas me doy crédito á mí mismo cuando, espantado, escucho... ¡La Música de las Esferas, la del agua, la del pétalo y la de la brisa, cantando wagnerianamente en el río! Mi amigo, el ciego Dr. Lickeffet no me causara tanta sorpresa cuando me mostró escritas por él á máquina, las cuartillas de un artículo suyo.

Dejo el río y miro al cielo: ¡viejo y siempre nuevo cinematógrafo! en vez de hacer un atlas de estrellas zodiacales, por ejemplo, las puntúo de acuerdo con su posición y brillo y... ¡al «Angelus» con ellas para oír también «Música de las esferas», en las que las Pléyades, Casiopea, las Osas Mayor y Menor y el Pegaso tienen, gracias á su analogía de figura, un mismo y musical motivo!

Dejo el cielo y contemplo las márgenes de un sendero; los seriales conglomerados cristalinos de una roca; las líneas de una formación militar correcta; la espuma que asciende punto

tras punto, de mi vaso de cerveza; el abigarrado desfilar de hormiguero de la calle de Alcalá; las procesionales series de insectos en el agua, en el aire ó en la tierra, y los llevo todos, todos, á mi máquina querida... Quizá el saber inmenso de Pitágoras no necesitó para oír sus armonías ni la máquina siquiera, que harto maravillosa debió ser la de su cerebro de Iniciado.

¿Qué decir de esas alineaciones singulares que dibujan las aves en sus emigraciones?—La «Quinta sinfonía» tiene «grullas», y de éstas hacia la mitad de su Andante, y de Wagner no hablemos: sus «Murmullos de la Selva», su «Tristán», su «Parsifal», están pletóricas de esta excepcional geometría, de esta vida nueva, estela fugaz de oculta inmortalidad trascendente del gran cinematógrafo que abarca cuanto existe. Música que la hemos oído un día, que la «veremos» otro y que la viviremos quizá en el día de la humana apoteosis.

Ved cómo, al fin, se impone la justicia, y es el pequeño, el desgraciado, quien triunfa. El pedante de marras, que nos decía aquello de la música mecánica, queda confundido, porque hemos llevado al «Angelus» las notas todas del cinematógrafo natural, y en sus extraños sones, intuídos por el lirismo de Wagner, vamos á hallar un campo más que vasto para ulteriores inspiraciones lírico-musicales, de las que son incipiente iniciación, no más, los del coloso de Bayreuth, y en las que, como sucede siempre, nuestra habilidad futura acople, asimile, transforme y espiritualice por el Arte las profundas lecciones de la Madre-Naturaleza.

M. Roso de Luna

*
* *

Discurso leído en la inauguración de la Biblioteca Teosófica de la Rama "Arjuna" de Barcelona.

SEÑORES:

SIEMPRE es grato para los hombres de buena voluntad, ver cómo se concretan sus ideas en hechos, cristalizan en posibilidades sus aspiraciones y se convierten en realidad sus posibilidades. Así es que al inaugurar esta Biblioteca Teosófica, este centro de comunidad intelectual en donde la generación presente se ponga al habla con las pasadas y prepare el alimento mental de las futuras, los miembros de la rama Arjuna experimentamos la satisfacción del deber cumplido, viendo cómo en esta para nosotros memorable noche el resultado ha correspondido al esfuerzo, y la esperanza augura consoladoras promesas para el porvenir.

Porque, señores, la Sociedad Teosófica, una de cuyas numerosas Ramas es la que con asiento en el corazón de Barcelona, alienta en el de cada uno de sus miembros, no está formada por mera lista de nombres, sino constituída por estrecha hermandad de hombres que, sin distinción de sexo ni clase ni raza ni creencia, aúnan sus esfuerzos y enfocan sus propósitos al noble fin de impeler el progreso de la especie humana en su peregrinación sobre la tierra. No brinda la Sociedad Teosófica ventajas materiales ni ofrece ocasión alguna de medro personal, porque su imperio no es de este mundo, aunque en él tenga su raíz y su campo de acción. Su objeto se aparta de cuanto es cebo para las pasiones y apetito para los sentidos; pues poniendo su mira en el primario origen y en el destino final del hombre, va derechamente al logro de la fraternidad universal, de la instauración del reinado del amor entre todos los seres, convencida de que aunque quienes en el suelo clavan los ojos sin levantarlos jamás al cielo repugnen por utópica tan generosa aspiración, ha de llegar irremediablemente la plenitud de los tiempos en que se realice la unidad humana, en que todas las religiones, todas las sectas, filosofías y sistemas cuya recíproca lucha salpicó el planeta con la sangre derramada por el odio, se armonicen en admirable síntesis y revelen la verdad única, indivisible é

inmutable, hoy velada todavía por deficiencias de expresión y alucinaciones de concepto.

Esta sintética verdad que como hilo de oro engarza las creencias al parecer más contradictorias, constituye el núcleo permanente de la Sabiduría divina, de la Teosofía.

No es la Teosofía una nueva religión ni una recién forjada creencia ni una moderna filosofía que venga á recrudecer las disputas de los hombres. Por el contrario, es tan antigua como la luz y resurge á la vida intelectual para apaciguarlas, para demostrar á los creyentes, á los sabios, á los filósofos, á los pensadores, que sólo están en posesión de una parte de la verdad, y no es bien tildar de error las demás porciones ó aspectos que todavía no han logrado poseer: para demostrarles que sus discusiones y contiendas dimanan de la palabra, no del concepto; de la forma, no de la esencia; de la expresión, y no del pensamiento.

Lejos de nosotros, sin embargo, la petulancia de erigirnos en definidores de la verdad ó en pontífices infalibles de dogmas filosóficos; y mucho más lejos aún de fulminar anatemas contra quienes impugnen nuestras enseñanzas ó disientan de nuestras opiniones. Fuera negar nuestra afirmación teosófica, convertirnos en una secta más de las innumerables que conturban los entendimientos, y abrir una solitaria ermita de encrucijada en vez de un templo en donde quepan todos los cultos. La Sociedad Teosófica no tiene la presunción de monopolizar la verdad, le basta con proclamarla y exponerla para que sin imposiciones dogmáticas sea asequible al entendimiento por espontánea determinación de quien la oiga, estudie y compulse. Así es que fortificada en sus posiciones y segura del triunfo definitivo de la verdad, á pesar de sus aparentes y transitorios eclipses, la Sociedad Teosófica á todos advierte y á nadie llama, á todos toca y á nadie empuja, á todos abraza y á nadie retiene. Quien tenga ojos, vea; y quien oídos, oiga.

Pero no hubiera cumplido la rama Arjuna el imperioso deber en que como parte integrante de la Sociedad Teosófica está de contribuir al progreso de la raza humana, si recluída egoístamente en su recinto y cerrándolo con piedra y lodo á toda aspiración del exterior venida, hubiese desperdiciado sus energías mentales en áridas especulaciones sin eficacia alguna en la vida social.

Convencidos de que todos somos copartícipes del patrimonio intelectual de la humanidad, nos resolvimos á fundar esta Biblioteca, que si bien modesta y humilde por sus condiciones intrínsecas, abre de par en par sus puertas á los hombres que por individual esfuerzo quieran hallar el punto equidistante de los extremos en donde la lejanía desfigura los contornos de la verdad. No es preciso recurrir á la lógica para evidenciar la capitalísima importancia de la lectura como medio de perfeccionamiento intelectual. Son las páginas del libro á manera de placas ideográficas que nos ponen en instantánea

comunicación de pensamiento con los sabios de todas épocas y países, dándonos posesión de la herencia que nos legaron los antepasados, y que acrecida con nuestro caudal hemos de transmitir á los descendientes. Por la lectura acompañamos paso á paso la evolución intelectual de la humanidad, convenciéndonos de que no sigue su curso en inflexible recta, sino en espiral ascendente que sin perjuicio de la continuidad peculiar de toda línea, ensancha á cada espira su campo de acción, en el que se cobija permanentemente el punto inicial de la partida. De la lectura inferimos la unidad de pensamiento que á través de los siglos perdura entre la incesante variedad de interpretaciones, y vemos que las ideas de ayer reaparecen hoy vestidas de nuevas formas, perpetuando las mismas verdades fundamentales bajo diferentes credos, sistemas y doctrinas.

Pero si la lectura, sobre todo si es comparada, basta por sí sola para ponernos en el sendero que á la verdad conduce, preciso es que en su posesión nos confirme la lectura comentada que, mediante serenas y razonadas controversias, resuelva los enigmas, aclare las dudas, desvanezca las dificultades y redarguya victoriosamente las objeciones. Sólo así es posible leer con fruto y asimilarse provechosamente las ideas del libro. Sólo así, á copia de tiempo y de trabajo, podrá el lector convertirse en estudiante, y adquirir cada vez más amplios y profundos conocimientos que le alleguen un peculio intelectual como resultado de su propio esfuerzo. La verdad iluminará su mente con internos rayos y tendrá el convencimiento individual de lo aprendido, no porque se lo dijeron ó se lo enseñaron, sino por íntimo ascenso de la verdad conquistada.

El libre ejercicio y la noble aplicación de sus facultades es uno de los capitales deberes del hombre. Todos tenemos la obligación de pensar por nuestra cuenta, de no someternos al juicio ajeno, pues precisamente para ser responsables hemos de ser libres; pero también estamos obligados á respetar las opiniones contrarias, y no cerrarnos jamás por demasías de amor propio á la razón del adversario.

La lectura es un excelente medio de confrontación de ideas, y á fin de facilitarla no hemos expulsado de esta Biblioteca ningún matiz honesto del pensamiento humano, ni siquiera hemos circunscrito el catálogo á obras de pura Teosofía, sino que le hemos dado extensión enciclopédica con el intento de que las innumerables modalidades de la literatura, la ciencia y el arte confirmen con sus analogías y parentescos la inquebrantable unidad de la mente.

Como ampliación de esta obra de cultura, que hoy entregamos al cariño de todos, hemos creído oportuno organizar conferencias semanales que, apartándose de la disertación estéril y del árido monólogo, justifiquen su título y sean instructivas pláticas entre quienes quieran preguntar y sepan responder, teniendo siempre en cuenta que la ciencia no es tesoro privativo de nadie, sino caudal común á todos los

hombres, ya que sabiduría é ignorancia son términos puramente relativos para el entendimiento. Sólo podemos decir que quien sabe menos es ignorante respecto de quien sabe más en alguna variante de la ciencia humana; pero éste, á su vez, por mucho que sepa, es ignorante en aquellas otras modalidades ó aspectos de la verdad cuya comprensión no ha conseguido todavía.

Claro está que deseosos de colmar el abismo abierto por la intolerancia entre hombres de distintas creencias, hemos de recibir con cariñoso afecto y abrazar con amorosa terneza á cuantos se hallen animados del sentimiento de fraternidad que nos mueve á fundar este centro de cultura. Entre hombres afanosos de inquirir la verdad para proclamarla si se creen poseedores de ella, pueden caber serenas discusiones, pero jamás agrias disputas, ni mucho menos rencorosos odios. Con la dialéctica por escudo y la razón por armadura, podemos todos combatir lealmente en defensa de la verdad, que ha de ser la única dama de nuestros pensamientos. Los anaqueles de esta Biblioteca incipiente nos servirán de arsenal para pertrecharnos, siendo los libros nuestros escuderos en el torneo y nuestros confidentes en la pacífica contienda.

Para abarcar y comprender el universo, recibió el hombre la mente que le caracteriza y distingue de los demás seres de la creación. Por eso los libros, como hijos de la mente, dilatan los horizontes de la comprensión, abren nuevas sendas al paso de la inteligencia, iluminan con más brillante luz nuestros caminos, y cual el telescopio nuevos mundos en los espacios sidéreos, descubren en el cielo del pensamiento humano nuevos mundos de ideas cuya magnitud anonada los prejuicios y errores en que por mezquindad de criterio languidecía la mente.

En el universo intelectual hay infinitos sistemas ideológicos, de la propia suerte que en el universo cósmico hay innumerables sistemas planetarios; y así como estos gravitan en torno de sus centros de atracción conservando cada astro su movimiento propio perfectamente compatible con la armónica dependencia del conjunto, que en lo vario establece lo uno, así también cada escuela filosófica, religiosa, científica, artística y literaria, forma un sistema mental cuyos mundos son los humanos cerebros atraídos por la pesantez de sus peculiares creencias, pero que no pueden emanciparse de la universal atracción del pensamiento.

Mas para que la armonía subsista, preciso es que los diversos sistemas mentales se relacionen y comuniquen con recíproca influencia á través del tiempo, como los sistemas siderales se influyen recíprocamente á través del espacio. Los libros establecen esta comunión intelectual con quienes nos precedieron en el incesante rodar de la vida, y las conferencias docentes las establecerán con nuestros actuales compañeros de peregrinación. Así veremos que además de las ense-

ñanzas dogmáticas que en la niñez recibimos, aparte del ambiente mental en que vibra nuestro cerebro, hay otras enseñanzas, otros ambientes, otros mundos mentales, tan ignorados del común de las gentes como las extrañas tierras lo son del rústico aldeano que jamás traspuso los nativos horizontes.

Aunque las comparaciones entre los individuos sean odiosas, son útiles las que hacemos entre los pueblos, pues por comparación se echan de ver las diferencias que aparentemente los separan y las analogías que realmente los acercan. Todos los pueblos y aun las diversas regiones de un mismo pueblo nos deparan en abundancia estos términos de comparación que ofrecen mayor relieve entre las dos grandes síntesis étnicas de la humanidad: el mundo oriental y el mundo occidental; Asia y Europa. El observador superficial que sólo detenga su vista en lo externo, hallará ciertamente radicales diferencias entre la civilización de la que á sí misma se llama la culta Europa y la civilización de la misteriosa Asia que al vulgo occidental le parece país muerto, tierra desolada, algo así como una porción paralítica del cuerpo del planeta en donde la vida hubiese suspendido sus funciones.

Acaso parezca tal porque en sus legendarias campiñas, teatro un tiempo de épicas hazañas, no resuella la moderna civilización con pulmones de gigante: pero ¡cuán distante de la realidad el juicio que inferimos de la apariencia! Porque preciso es recordarlo. Los orientales rayos del sol naciente doraron la cuna de nuestra raza y en los edénicos valles de la India, en el ingente cinturón de los Himalayas, se pusieron por primera vez al habla los discípulos de la tierra con los maestros del cielo. Antes de que los Alpes y los Pirineos le dieran amenidad y relieve, cuando todavía era Europa una desierta planicie sin huella de hombre, ya florecían en Asia dilatados y poderosos imperios de civilización mucho más esplendorosa que la de hoy en occidente. Así como el paleontólogo reconstruye exactamente los animales prehistóricos guiado por el estudio de los fósiles, así también al toque de los monumentos, de las ruinas, de las inscripciones, de los sepulcros, de cuantas reliquias dejaron esparcidas por el suelo las razas que rodaron por el tiempo, resucita el arqueólogo los pueblos sepultados, las civilizaciones extinguidas, los imperios caídos, las ideas muertas, y al resurgir su espectro apoyado en brazos de la historia, vemos que su espíritu alienta reencarnado en nuestros pueblos y civilizaciones bajo cuyas diversas modalidades perdura el pensamiento colectivo de la humanidad.

También el libro será nuestro guía en esta retrospección intelectual, pues aparte de facilitarnos resumida y concreta la tarea realizada por los arqueólogos, nos dará á conocer las literaturas orientales, ya que las letras son de por sí documentos tan valiosos como las piedras. Y cuando hayáis llevado á cabo este trabajo de comparación

mediante el estudio de las literaturas orientales, que es otro de los objetos de la Sociedad Teosófica, echaréis de ver que realmente nada nuevo hay alrededor del sol, que el pensamiento occidental es hijo del pensamiento oriental, que nuestras ciencias, letras, artes, religiones y costumbres, hasta los mismos prejuicios, supersticiones y leyendas populares, todo cuanto jactanciosamente diputamos invención propia, tiene su progenitor y precedente en la remotísima antigüedad. Las civilizaciones se suceden y los acontecimientos se repiten cíclicamente en la eternidad del tiempo y en la inmensidad del espacio. La nación que surge releva como el hijo al padre á la nación que muere; pero aunque la sucesión requiera diversidad, se conserva siempre estrecho y vivo el parentesco intelectual entre los progenitores y los descendientes. Así, el acopio hecho durante su primera juventud por la raza humana, se transfiere de India á Caldea, de Caldea á Persia, de Persia á Egipto, de Egipto á Grecia, y de Grecia á Roma, que como radiante foco difunde su luz por todos los ámbitos de Europa. Así tenemos identidad virtual entre los filósofos indos y los filósofos helenos, identidad conceptiva entre el Brahmâ de los Vedas, el Logos de Platón y el Verbo del Evangelista. Las cosmogonías, teogonías y teologías, aparecen constituídas por unos mismos dogmas fundamentales cubiertos con el velo de diferentes símbolos. Varía el sentido exotérico ó de significación externa, pero es constante é inmutable el sentido esotérico ó de significación interna. Podrán diferir las palabras de los credos, pero no la oculta sustancialidad de las creencias. Tal demuestra la Teosofía, y esta demostración ofrecerán los libros de la Biblioteca Teosófica á cuantos padezcan bajo el ominoso yugo de la duda, del pesimismo y de la incertidumbre.

Pero siendo la Teosofía una síntesis armónica ds los conocimientos humanos como reflejado resplandor de la divina sabiduría, no se ciñe á las cuestiones concernientes á la vida espiritual, sino que dilata su influjo á todo cuanto abarca la mente con el elevado fin de inquirir las relaciones entre Dios, la Naturaleza y el Hombre. Tal es otro de los objetos de la Sociedad Teosófica, y por ello los miembros de la rama Arjuna hemos dado extensión enciclopédica á la Biblioteca que hoy inauguramos. Acaso la tendencia de nuestra época á especializar y aun á monografiar las ciencias, se declare contraria á todo estudio enciclopédico; pero si bien la vida de un hombre es demasiado breve en este mundo para abarcar en sus más tenues pormenores cualquier aspecto del saber, también es cierto que las ciencias no constituyen aislados encadenamientos de verdades, sino que todas ellas, aun las en apariencia de más opuesto objeto, están enlazadas por ocultos vínculos que las colocan en dependencia mutua y corroboran de maravillosa manera la inquebrantable unidad del pensamiento humano.

La Teosofía señala estos enlaces y puntos de contacto entre las

ciencias, y en ellos se apoya para realizar sintéticamente el esfuerzo que las eleve desde el limitado objeto de progreso material hasta el trascendental concepto de la materia como residencia del espíritu. En su aplicación enciclopédica á las ciencias que abarcan el universo visible, os demostrarán las enseñanzas teosóficas que si la Astronomía estudia física y matemáticamente los globos que pueblan el espacio sin término y las leyes que rigen sus movimientos, hay, no obstante, en el estudio de esta ciencia, algo más que magnitudes, distancias y volúmenes; porque la mente penetra con auxilio de la Teosofía en los abismos cerúleos, mucho más allá de donde alcanza el más potente telescopio, y vislumbra la causa creadora de los mundos, el por qué de su formación, de su existencia y aniquilamiento, la adecuatividad entre la evolución espiritual de los seres y la evolución cósmica de los sistemas siderales. Las enseñanzas teosóficas os demostrarán que la Química no es una estéril enumeración de substancias, ni un juegó pueril de laboratorio en que la materia se combina de mil modos ignorados por la misma naturaleza, ni tan siquiera un cuadro sinóptico de las leyes que presiden la transformación de la materia y la conservación de la energía; pues la mente humana, auxiliada por las enseñanzas teosóficas, penetra en las masas de los cuerpos y columbra el movimiento de los átomos tan armónico y preciso en su infinita pequeñez como el de los soles en su inmensa magnitud. Allí descubre con sorpresa que, á pesar de su aparente inercia y de su engañosa insensibilidad, también el reino mineral está regido por la ley suprema del universo, por el amor, que es afinidad en los átomos, atracción en los mundos, fragancia en las flores, zumbido en los insectos, arrullo en las aves, simpatía en los hombres, caridad en los santos y sacrificio en Dios.

De la propia suerte nos demuestran las enseñanzas teosóficas que la Geología no se contrae al árido estudio del origen cósmico de la tierra, ni al relato descriptivo de las faunas, floras y geas que en remotas edades la poblaron; pues también con auxilio de la Teosofía se transporta la mente humana á las lejanías del tiempo para ver en las formas extinguidas, en las especies aniquiladas, en los cataclismos geológicos, otros tantos peldaños de la prolongadísima escala por donde se elevan las criaturas hasta el solio del Creador.

Pero además de llevar la Teosofía su influjo á las ciencias naturales y de observación, lo extiende también á las morales y políticas, abarcando por igual las escuelas idealistas y positivistas con soluciones armónicas de cuantos problemas preocupan hoy á los moralistas y apesadumbran á los sociólogos.

Uno de los más importantes de entre estos problemas es el que se resuelve en la pacificación de los espíritus y la tranquilidad de las conciencias. No temáis que la Teosofía los soliviante ni las conturbe, porque lejos de estirpar las creencias religiosas, las robustece y con-

firma; pues aunque sin necesidad de constricciones coercitivas, por la propia virtud de sus enseñanzas, combate la credulidad supersticiosa, el fanatismo sectario y la fe ciega que repugna al divino dote de la razón, es en cambio, lógico auxiliar de la fe razonada que armoniza en una misma certidumbre las verdades positivas de la ciencia y las verdades metafísicas de la religión. Nadie tema que la Teosofía le arrebate las heredadas creencias ni le descarríe de la grey confesional á que pertenezca. Por el contrario, las enseñanzas teosóficas darán á todos, en proporción á la espiritual capacidad de cada uno, la explicación razonada de los dogmas en que más bien creen por sumisión que por convencimiento, la explicación científica, por decirlo así, de esos dogmas cuyo exotérico enunciado los envuelve en impenetrable misterio, pero cuya teosófica interpretación los presenta al entendimiento del creyente como verdades demostradas. Así la Teosofía, en su acción individual, tiende por una parte á corroborar científicamente todas aquellas creencias que por su índole espiritual y metafísica parecían sublevarse contra la razón, sometiéndose servilmente á la fe; y por otra parte establece el íntimo convencimiento de verdades antes tan sólo presentidas al través de la venda. Esta íntima convicción convierte al fanático en creyente y al sectario en tolerante; infunde respeto á las ajenas creencias que entonces aparecen como distintos rayos de una misma luz, y aliando la razón con la fe, se sirve de ambas como de irresistible par de fuerzas capaces de mudar de asiento las montañas y subvertir el orden material de los mundos. De la fe, así vigorizada, nacen con igual robustez la esperanza y el amor que en el orden individual son fuentes siempre vivas de que mana la paz interna, y en el orden colectivo son los puentes tendidos por Dios entre las armonías del espíritu y las discordias de la materia.

Sin fe en lo porvenir no tendríamos fuerzas para batallar con lo presente. Sin fe en la existencia ultraterrena no vendría á consolarnos la esperanza cuando acongojada el alma por las supremas penas de la vida parece como si el cielo se desplomara sobre nuestras cabezas para aplastarnos y bajo nuestros pies se abriera la tierra para engullirnos. Sólo el que cree porque sabe y sabe porque conoce está en disposición espiritual de esperar en Dios y de amar al prójimo, porque ni ama ni espera y sí tan sólo teme el que ofuscado por las siniestras sombras de la superstición y el fanatismo se encierra en el egoista anhelo de conseguir una ilusoria salvación personal aun á trueque de que la humanidad entera se pierda y se condene.

La Teosofía demuestra á los creyentes, con los mismos argumentos de su particular religión, que no deben restringir la vida espiritual á los menguados límites de la personalidad, sino que es preciso vivificar la fe con obras para que por ellas hallen en nosotros consuelo los tristes, refugio los perseguidos, alivio los apenados, descanso los jadeantes, refrigerio los sedientos y vida los moribundos. La fe es

ciertamente el cimiento de la religión, pero el amor es la fuerza de gravedad en que el cimiento se sostiene, pues sin amor toda religión es falsa. No en balde enseña el Apóstol que la caridad es la verdadera señal del cristiano.

Esta intensa labor de reforma espiritual que la Teosofía cumple en el individuo, forjando el íntimo convencimiento de sus peculiares creencias religiosas ó simplemente filosóficas, es el imprescindible antecedente de aquella otra labor más vasta y extensa que consiste en la espiritual reedificación de las sociedades humanas. Porque conviene advertir, señores, que los individuos son á manera de sillares del edificio social; y así como la solidez de la fábrica requiere que el arquitecto labre previamente las piedras de su sillería, así también el legislador, el sociólogo, el político, necesitan proceder antelativamente á la palabra interior de los individuos, á la formación del carácter de las multitudes, al paciente trabajo de educación social que, puliendo la nativa tosquedad del bloque humano, lo predisponga á la ajustada convivencia de quienes con él han de constituir la sociedad. Sin esta labor de que la Teosofía da el método y la traza á cuantos ansíen cumplirla sin abandonar sus respectivas canteras espirituales, no tendrán eficacia las leyes ni autoridad los gobiernos ni éxito los reformadores ni duradera solidez las mudanzas. El progreso humano es la resultante de un sistema dinámico cuyos componentes son las fuerzas individuales. Los nuevos regímenes no triunfan jamás por el ciego impulso de violentas aspiraciones, pues para consolidar su reinado es preciso que la mayor suma de ciudadanos estén física, intelectual y moralmente dispuestos á sostener con su propio esfuerzo las nuevas instituciones sociales. Cada régimen tiene el deber de preparar el advenimiento del que ha de sucederlo en lo futuro y no paralizarse como si se creyera perdurable y eterno. Nada resiste en este mundo de transiciones á la demoledora acción del tiempo, pero nada tampoco se derrumba si no están dispuestos de antemano los materiales para la reedificación. Todo evoluciona por la senda de su perfeccionamiento, pero la marcha será menos penosa si en vez de contrariar la ley, la auxiliamos con nuestra obediencia, y previendo el porvenir, empezamos ya á labrar las piedras sobre que ha de fundarse la futura iglesia verdaderamente universal, á sembrar la semilla de la verdad y del bien que para germinar necesita estar regada con la sangre de los mártires y nutrida con la palabra de los confesores. Tal es el fin social á que esta Biblioteca se encamina y el noble objeto de la Sociedad Teosófica á que pertenece la Rama Arjuna bajo cuyo patrocinio se inaugura.

Cúmplenos ahora justificar la sinceridad de nuestros propósitos y el altruismo de nuestras intenciones, declarando que de ningún modo venimos á establecer una especie de banderín de enganche ó de caja reclutadora en espera de reunir prosélitos apelando á rutinarias

propagandas. Ya lo hemos dicho y repetirlo debemos para que no quepa duda en este punto. La Sociedad Teosófica á todos vocea y á nadie llama, á todos toca y á nadie empuja, á todos abraza y á nadie retiene; porque en ella no han lugar la ambición ni el egoísmo ni el ansia de medros personales. El convencimiento, no la curiosidad, ha de ser quien firme la solicitud de ingreso. La labor de la Sociedad Teosófica es el conjunto armónicamente colectivo de la labor de sus miembros, y por ello es preciso que quienes en ella ingresen lo hagan sin excitación extraña, por su propio impulso y libérrima voluntad, ya predispuesta de antemano al sacrificio que es nuestra ley constitucional, el artículo primero y único de nuestros estatutos espirituales.

Pero no creáis que la palabra sacrificio tenga aquí la vulgar acepción equivocadamente admitida en el lenguaje ordinario. Para el hombre que reconoce lo transitorio de esta vida y pone todas sus miras en los mundos superiores, el sacrificio es gozo, deleite, efusión de vida, amor purísimo que todo lo da y entero se entrega sin esperanza de remuneración ni recompensa. Por esto el amor es sacrificio en Dios de cuya vida participamos porque de El la recibimos. Mas para el hombre que esclavo del egoísmo no ha roto aún las ligaduras que al mundo físico le atan, es el sacrificio dolor, pena, amargura, pesadumbre, retención de vida, porque creyéndose independiente de los demás, todo lo apetece para su personalidad y nada es capaz de dar sino á trueque de superabundante recompensa.

Ya veis, pues, señores, cómo no es posible que la Sociedad Teosófica emplee los acostumbrados procedimientos de propaganda á que recurren las sectas y escuelas doctrinarias para acrecer el número sin reparar en la calidad de sus prosélitos. Ya veis cómo en una Sociedad cuya ley es el Sacrificio, la realización práctica del todo para todos y nada para uno, sólo pueden caber entendimientos convencidos y voluntades resueltas á concretar la idea en hecho y el propósito en acción.

Sin embargo, la Sociedad Teosófica no debe llevar su neutralidad de propaganda hasta el extremo de recatarse en el secreto de sus reuniones. Tiene el deber, que en estos momentos cumple la rama Arjuna, de difundir sus enseñanzas para que prendiendo en mentes y corazones, fructifiquen allí como semilla esparcida por el labrador en espera de que por su propia virtualidad germine y brote.

Así, pues, todo hombre, toda mujer que libre de prejuicios sectarios esté ya esforzándose en bien del género humano, pertenece espiritualmente á la Sociedad Teosófica, cualesquiera que sean sus individuales creencias. Porque ilusión es el suponer que un nombre, un credo, una bandera, una institución determinada baste de por sí para la manifestación del pensar y sentir de los hombres que alucinados por tradicionales prejuicios imaginan que su respectiva escuela, iglesia, doctrina ó sistema, está en posesión única de la verdad.

Consecuencia natural de este profundo error ha sido el recelo, la enemistad y aun el odio que por divergencias de los puntos de mira políticos y religiosos separó á los hombres que sin la limitación derivada de la parcialidad hubiesen podido aunar sus aislados esfuerzos para conocer la verdad, sentir la belleza y realizar el bien.

Abismos abiertos por la ilusión separan á deístas y ateos, católicos y protestantes, judíos y mahometanos, materialistas y espiritualistas, con la paradógica antinomia de que tanto mayor es la intensidad repulsiva de las personas cuanto más afines son las ideas. Pero no obstante las hondas diferencias que la discordia suscitó entre los hombres, hay algo supremo que las une; la común aspiración al perfeccionamiento de la raza, la ardiente sed de verdad que á todos espolea, la esperanza de mejores días en que se consuman los dolores que afligen al mundo. Todos, sin distinción de credo ni de sexo ni de color ni de nacionalidad ni de idioma pertenecemos á la especie humana, tenemos el mismo origen, y aunque al parecer distanciados, nos encaminamos en compacta cohorte, como vuelo de aves divinas, á la perfección sin tacha, á la luz sin sombra, á la morada suprema de la perpetua paz.

El insuperable fin que la esperanza vislumbra en la lejanía de los tiempos, bien merece que durante la peregrinación por el desierto depongamos las armas de la ira y enarbolemos el amor esmaltado de tolerancia por enseña de la espiritual solidaridad en que todos podemos resumir nuestras comunes aspiraciones. Veamos tan sólo disparidad de vibración mental en los infinitos matices que irisando el cielo del pensamiento humano integran la verdad, como vemos tan sólo disparidad de vibración lumínica en los colores que integran la nítida blancura de la luz. Esta espiritual solidaridad que os proponemos, puede ser la común madre que cobije á todos sus hijos bajo los efluvios de su delicado amor. Para conseguir tan hermoso objeto no se necesita ningún organismo de carácter societario, cuyos estatutos, reglamentos, cuotas é inscripciones se convierten en otros tantos ligámenes de la voluntad. Para solidarizarnos cuantos estemos convencidos de que el odio de la separatividad es muerte y el amor de la unidad es vida, bastan el pensamiento y la acción. Porque de nada servirían los libros de esta Biblioteca, de nada las conferencias y enseñanzas que aquí se diesen, si al conocimiento de la verdad no correspondiese acordemente la práctica del bien por amor al bien mismo, sin esperanza de premio ni temor de castigo. Fácil es la predicación y difícil el ejemplo; pero con el ejemplo hemos de corroborar la predicación, porque cuando el corazón discrepa de los labios y lo que se hace no está conforme á lo que se dice, entonces toma el vicio máscara de virtud, se disfraza el error con el ropaje de la verdad, la mentira se arroja en brazos de la hipocresía, y se corrompe la sal que había de preservar la tierra. Mas si por el contrario acordamos las voces con las obras,

ejercitando la virtud en cuantas ocasiones nos depare la vida cotidiana, entonces quedará espontáneamente constituida la solidaridad espiritual que apetecemos, porque cada uno de nosotros dentro de su credo, de su idea, de su doctrina y de su escuela peculiar, será una fuerza que influya poderosamente en su campo de acción, en la intimidad de la familia, en las relaciones del parentesco, en el círculo de las amistades, en el seno de las asociaciones, doquiera que tenga semejantes en vecindad y cercanía. A todos, en mayor ó menor grado nos incumbe esta apostólica tarea de educación moral, pues lo mismo que la madre en el hogar y el maestro en la escuela y el sacerdote en la iglesia, pueden realizarla el juez en los estrados, el militar en los cuarteles, el industrial en los talleres, el hacendado en los campos y el hombre bueno y justo en todas partes.

Al desvanecerse la ilusión de separatividad que nos enemista y al unirnos en hermandad de hombres cuyo lazo sea la común devoción á la verdad y la unánime práctica del bien, no sólo daremos eficacia colectiva á nuestros esfuerzos, sino que redundarán en nuestro individual perfeccionamiento; pues el trato de los sabios y de los buenos acrecentará en nosotros la sabiduría y la bondad.

Esta es la ley del sacrificio á que obedece la Naturaleza de cuyo unísono concierto hemos de ser armonizadas notas. Sólo del sacrificio individual puede dimanar el beneficio colectivo, y sólo poniendo nuestras vibraciones en armonía con el Infinito hallaremos la interna paz que es la suprema aspiración de todo ser.

Latan rítmicamente nuestros corazones en esta obra de sacrificio; pero al solicitar el concurso de vuestras voluntades para sostenerla, no os pedimos abjuraciones ni apostasías. Permaneciendo fieles á vuestro credo podréis colaborar en la gran empresa de amor y tolerancia que hoy acometemos. Agrupémonos con fraternal concordia en el punto convergente de las innumerables vías que á la meta de nuestra peregrinación conducen, y desde allí vislumbraremos la verdad eterna que todo error desvanece, la perpetua luz que disipa toda sombra, el trono excelso de Quien dió sonrisas al alba, espumas á los mares, matices á las corolas, trinos á las aves y resplandor á los soles. No desmayemos en la porfía, ni desfallezcamos en las contrariedades, ni apetezcamos premios para nuestro esfuerzo, porque á quien con su deber cumple, le basta la conciencia del cumplimiento. Unámonos en tan ardua labor cuantos estemos convencidos de que la tierra no es el centro de las almas, y algún día tendremos la inefable dicha de ver que al trabajar en beneficio de los demás hemos trabajado en nuestro propio beneficio, porque la definitiva realidad nos revelará que el tú y el yo, lo tuyo y lo mío, son ilusiones forjadas por el egoísmo de separatividad, nos revelará que todos somos hijos de Dios y que con Dios hemos de unirnos conscientemente en el tiempo y en la eternidad.

El alma del simbolismo

(*Continuación*)

Tengo á la vista un interesante artículo referente á los orígenes del mito de Apolo, publicado en Norte América por el Prof. C. H. Levy, en el cual se afirma con datos evidentes que no tuvo principio en Grecia ese mito, sino en el Asia Menor. Entre las ilustraciones que contiene dicho escrito, figura una con el epígrafe siguiente: «The Archaic Apollo, the First Expression of ideal of the God». (El Apolo arcaico, la primera expresión del ideal de Dios). Este epígrafe adolece del muy general error de suponer que el *ideal de Dios* pueda subordinarse á una forma determinada, por sublime é ingeniosa que ella sea, y del falso concepto de atribuirle al Sol la cualidad divina. El sol, el astro rey, es una de las criaturas emanadas del Logos, y como tal, á pesar de su grandeza y de ser el dispensador de tantos bienes para el sistema que preside, depende de su Causa. Es un hijo del Logos y por muchos conceptos el más expresivo y sublime de sus símbolos, y del mismo modo que, el hombre es el hijo de Dios cuando culmina en él el Fuego espiritual. Hecha esta digresión vuelvo al «Apolo Arcaico» del Prof. Levy. Se representa éste por una figura de perfil en el acto de pulsar su gran lira de siete cuerdas, cuya caja armónica termina por la parte superior en dos columnas paralelas. Viste túnica sin mangas, que deja al descubierto los hombros, y baja formando pliegues rectos, los cuales concluyen en una greca. Rodea la parte superior de las

piernas y el lado izquierdo del pecho de la figura, un manto, que cae sobre el hombro del mismo lado y desciende por la espalda, cuyo manto se orla de una faja obscura, de la que penden anchos cuadrados del mismo color, los cuales alternan con espacios cortados de igual tamaño. Se destaca el cuello sobre ancho collar, y el cabello, rodeado de dos vueltas de cinta, á modo de diadema, cuelga ante y tras las orejas en una porción de largos bucles. El aspecto general de este Apolo y su túnica, que está formada por un paño que va envolviendo el cuerpo en espiral ascendente, recuerda las representaciones de los soberanos asirios y caldeos.

Dícenos el Prof. Levy: «En las mitologías y enciclopedias, se encuentran varios relatos referentes á la personalidad del mítico dios; pero sus escritores no tenían idea de lo que se acaba de comprobar; y es, que el comienzo verdadero del mito tuvo lugar en la ciudad de Dídimo, cerca de Mileto, en el Asia Menor, y no en la Grecia».

«El pueblo fue destruido por un terremoto, hace miles de años, y entre sus ruinas se han encontrado varios de los magestuosos restos, *que dieron* origen al Arte Griego.

Refiérenos luego dicho autor, que Mr. Wiegand, excavador del Museo de Berlín, «ha encontrado el friso del templo de Dídimo adornado con preciosas cabezas de Medusa, esculpidas, las cuales se encuentran en íntima relación con el Apolo mítico»; añadiendo, que ahora se están siguiendo algunas de las formas del arte primitivo, del cual se originó la fundación del arte griego, «y en el mismo lugar donde el Arte alcanzó resultados asombrosos en el siglo VII». Considera que descubrimientos de tan alta importancia «hacen necesario volver á escribir la historia», de igual manera que los descubrimientos hechos en Micenas le abrieron los ojos al mundo respecto de que había un fundamento histórico más autorizado respecto del arte griego, el cual debió haberse buscado en el Asia Menor. Todavía, agrega entre otras importantes consideraciones al respecto, la siguiente, que literalmente dice así: «Las enseñanzas corrientes son, que los griegos fueron los civilizadores del mundo por ellos conocido, *y que de alguna manera milagrosa obtuvieron resultados artísticos que no se*

podían explicar. Ahora resulta muy claro, que aunque los griegos eran indudablemente los mejor dotados de gusto artístico entre todas las antiguas naciones, todavía tenían mucho que aprender».

Y así es en efecto, según nuestra manera de considerar el asunto. Entre el arte oriental y el griego existe una diferencia radical é importante: la que existe entre la idea generadora y la forma, entre el ser animado y su imagen.

El arte indo se sirve de los caracteres y cualidades de todas las criaturas y cosas que caen bajo el dominio de la observación, desde el Sol hasta el insecto, y combinándolos con sugeción á una pauta convenida los convierte en verbo viviente y sagrado, en luminosa estela inmutable, que á través de las edades perpetúa el tesoro de la experiencia y de la verdadera sabiduría. Todo en las artes orientales habla al espíritu, y solicita el despertar de aquel sentido íntimo que nos invita á no detenernos en la encantada y florida senda de la ilusión. Todo en ellas impulsa á penetrar en el alma y razón de las cosas, y por lo mismo descuida la forma, especialmente en lo que á la forma humana se refiere; porque, procediendo de opuesto modo, creería cometer la profanación de subordinar lo que hay de verdadero, inmortal y divino en nosotros, á lo que con ser tan bello, es pasajero fulgor de un momento, flor de un día, engañadora imagen, que sólo esclaviza á aquellos que, cual Narciso, miran hacia lo material, separan su mente y sus anhelos de la altura, teniendo por respuesta á sus gemidos cuando el mentido ideal se burla de tales afanes, solo *el eco* vano. Pedirle á la piedra la luz espiritual, y aunque en ella existe, no podrá entenderos ni trasmitírosla, por no ser el caso compatible con su naturaleza; pero el Arte trascendente la modela, y entonces ella se transforma en el heraldo de la Luz..

El arte griego hereda las claves del arte oriental, y lentamente olvida que éste descansa en bases inconmovibles; es el griego más imaginativo, más entregado al lirismo que al estudio intenso y sostenido del asiático y el indo, y poco á poco pervierte sus puntos de vista artísticos, del ideal grandioso originario que mira al alma de las cosas y lo subordina,

á la limitada adoración de la forma, en la que á su modo llegara á ser inimitable.

Tal es la ley que afecta á todo lo que existe: Brilla el sol en su cénit, como lámpara sagrada en explendente actividad, revelándonos la misión vital que llena en el universo, proclamando que su luz es el vehículo de la Luz invisible y única, y algunas horas después, la pálida luna embelesa los sentidos, pretendiendo tal vez hacernos creer que su explendor misterioso, reflejo vago de la luz material, es el único digno de ser conocido y admirado.

Siempre en lucha los contrarios en el mundo de la manifestación, y sobre ellos, brillando «la estrella diamantina, el lucero refulgente de la mañana», como nuncio de la victoria de lo real, para los que logran asimilarse su divino y salvador lenguaje.

TOMÁS POVEDANO

(*Continuará*)

*
* *

Asuntos diversos

En París se ha establecido la Iglesia Gnóstica Universal, teniendo por órgano oficial «La Gnosis».

Se halla esta Iglesia bajo la alta dirección de un Patriarca, con sede episcopal en París, el cual se intitula obispo de *Montségur*, en conmemoración de las matanzas de los últimos Albigenses. Este título no confiere supremacía dogmática. El jefe de la Iglesia, es simplemente *primus inter pares*, y por consecuencia, no toma decisión importante alguna sin la aprobación del Santo-Sínodo, compuesto de todos los obispos gnósticos. La característica de la Iglesia Gnóstica, es la de restituír á sus fundamentales principios la antigua Iglesia cristiana, democrática é igualitaria.

Deseamos que el renacimiento de esta Iglesia traiga consigo un valioso contingente al concepto de lo Verdadero, como es de esperar, y con ello nuevos elementos en favor del adelanto.

***

L'Illustration, Journal Universel Hebdomadaire, Nº 3476:

«Un curioso descubrimiento arqueológico

Después de haber sacado á la luz del día tantos tesoros de la antigüedad india, M. J. H. Marshall, director del servicio arqueológico en la India inglesa, secundado por algunos sabios colaboradores, acaba de hacer en la provincia de Nor-Oeste, cerca de la villa de Peshawar, un interesante descubrimiento,

cuya importancia indica la prensa británica. Se trata de una cajita que contiene restos de Gautama Buddha, el fundador del Buddhismo. Este precioso objeto de forma cilíndrica, que mide unos veinte centímetros de altura, recuerda ciertos vasos griegos, por su factura y su aspecto. En el centro de la tapa se encuentra Buddha sentado, con su mano levantada como para bendecir á los fieles; bajo el friso se ven modeladas algunas aves tomando vuelo, y más abajo personajes y ángeles alados, conduciendo guirnaldas á la tumba del emperador Kaniskha; este monarca está representado tal como lo muestran antiguas monedas; las inscripciones atestiguan además que aquella es su efigie, y que el artista que ejecutó aquel trabajo era un griego llamado Agesilas, uno de sus esclavos. En relicario exagonal, de cristal, encerrado en la cajita, contiene cuatro fragmentos de hueso reunidos, envueltos, y sellados con el sello del soberano, y una moneda con su efigie. Estos huesos encerrados en el fondo del pozo de una honda cueva, en el centro de un monasterio construído por Kaniskha á Purushapura (actualmente Peshawar) donde ellos han reposado hasta después de dos mil años, ¿son, como se da lugar á presumir, las reliquias auténticas de Buddha? Se concibe el gran interés que ofrece esta cuestión para los centenares de millones de Budhistas que cuenta la población del globo».

***

¿Vuelven y profetizan los muertos?

Lo que refiere un convencido

Stead, uno de los hombres más eminentes de Inglaterra, fundador y director de la *Review of Reviews*, amigo de reyes, y grande aficionado á investigaciones psíquicas, acaba de publicar un artículo sensacional afirmando que, después de pruebas que han durado muchos años, cree firmemente en la telepatía y en que los muertos comunican con los vivos y hacen profecías.

Reproducimos parte de lo que refiere, que por lo menos es curioso. He aquí sus palabras:

«Yo poseo lo que se denomina el don de la escritura automática, es decir, que sometiendo mi mente á la pasividad, puedo poner la pluma sobre el papel y escribir mensajes de amigos que se hallan á distancia, estén vivos ó muertos. La persona que envía el mensaje rara vez se da cuenta de haberlo transmitido. Una señora, amiga mía, que puede escribir por mi mano desde cualquier distancia, se hallaba fuera de Londres, y había quedado en venir á almorzar conmigo si regresaba. Dos días antes quise saber si había vuelto, y poniendo mi pluma sobre el papel, se lo pregunté mentalmente. Mi mano escribió lo siguiente:

«Me ha ocurrido una cosa que me da vergüenza contársela. Salí en un vagón de segunda clase, en el que iban dos señoras y un caballero. Cuando el tren se detuvo en una estación se apearon las señoras y me quedé sola con el hombre, el cual vino á sentarse á mi lado y quiso besarme. Le rechacé, y mientras forcejeábamos le quité el paraguas y le pegué con él, pero lo rompí, y empezaba á temer que me venciera, cuando el tren acortó la marcha para entrar en la estación de Guildford».

La escribí una esquela diciéndola que deploraba lo sucedido y rogándola que me trajese el paraguas roto. A lo cual me respondió la señora: «Siento mucho que se haya enterado usted del suceso. Yo había resuelto no decir nada á nadie».

Puedo asegurar que no tenía del caso la menor idea anterior. Desde entonces y por espacio de quince años, he tenido y sigo teniendo la costumbre de recibir de mis amigos mensajes automáticos, semejantes al citado. En algunos es bastante grande la proporción de errores, mas por regla general son asombrosamente correctos. Este sistema de telepatía automática con mis amigos que todavía viven, es para mí un hecho tan positivo é indudable como la existencia de la telegrafía sin hilos, por tierra, y puede extenderse hasta los muertos, correspondiendo esta extensión á la transmisión de marconigramas á través del Atlántico.

Algunos de los mensajes que recibo no se relacionan con sucesos pasados ni presentes, sino que predicen acontecimientos que están por suceder. En uno de ellos una amiga difunta

me decía, más que como profecía como consejo amistoso, que advirtiese á otra amiga nuestra que no aceptase compromisos que no podría cumplir, pues en cierta época se hallaría á más de cinco mil kilómetros de Inglaterra. Mi amiga se rió de la advertencia, pero luego sucedió que, en efecto, hacia la época citada tuvo que marchar á América.

Hace años tuve á mi servicio una señora de mucho talento y salud robusta, pero de humor tan desigual que pensé seriamente en prescindir de ella. Entonces una amiga mía difunta que se llamaba Julia, escribió por mi mano: «Tenga paciencia con E. M. Va á venir á nuestro lado antes de fin de año». Yo me quedé sorprendido, porque nada indicaba que aquella señora que tenía á mi servicio fuera á morirse. El aviso lc recibí en Enero y me lo repitió en Febrero, en Marzo, en Abril, en Mayo y en Junio. En Julio E. M. se tragó inadvertidamente una tachuela que se le alojó en el apéndice y se puso gravemente enferma. Entonces recibí otro mensaje de Julia diciendo: «Se pondrá mejor, pero de todos modos morirá antes de acabar el año y será de muerte violenta». E. M. curó con gran sorpresa de los médicos. Cuatro veces más volví á recibir avisos de su próximo fin, y hasta me aseguró que tampoco fallecería de un ataque de grippe que le había dado. El día 10 de Enero del año siguiente, me escribió Julia: «Vaya usted á ver á E. M. mañana y despídase de ella. No volverá usted á verla en el mundo».

Hice lo que me indicaba, y después de hablar con E. M. pensé que Julia estaba equivocada. Dos días después recibí un telegrama notificándome que E. M., presa del delirio, se había tirado por una ventana desde un cuarto piso y se había matado.

Esto que cuento puedo probarlo con los manuscritos de los mensajes originales, y con el testimonio de mis dos secretarios, á quienes entregué sobres cerrados y fechados con las profecías, á medida que las iba recibiendo de Julia.

La suicida había escrito automáticamente por mi mano muchas veces en vida, y me tenía prometido seguir empleando el sistema después de muerta, si le era posible, para decirme cómo lo pasaba, y también me prometió que en caso de que fuera factible, se aparecería á uno ó á varios amigos. Además

dijo que vendría á dejarse fotografiar y que me enviaría un mensaje por un medium, y que á fin de que no hubiese dudas pondría como contraseña una cruz dentro de un círculo.

Las cuatro promesas las ha cumplido. Ha escrito repetidas veces con mi mano con tanta facilidad como cuando vivía. Se ha aparecido repetidas veces, ha sido fotografiada media docena de veces después de su muerte, y ninguno de esos retratos es copia de las fotografías que se hizo durante su vida terrena.

En cuanto al mensaje con la cruz y el círculo, tardó varios meses. Casi había perdido todas las esperanzas, cuando de repente un medium que estaba almorzando con un amigo mío lo recibió. Decía así: «Diga á William que no me censure por lo que he hecho. No pude evitarlo», y debajo trazó toscamente un círculo con una cruz dentro.

Una vez me rogó una amiga de la ya citada Julia, que procurase traerla un mensaje de ella, y á la mañana siguiente, antes de desayunar, mi mano escribió uno muy breve. Pedí entonces testimonio de su autenticidad al trasmisor, y seguí escribiendo: «Dígala que recuerde lo que dije últimamente cuando fuimos á ver á Minerva». Protesté, porque el mensaje era absurdo. Mi mano persistió y dijo la comunicante que su amiga la entendería. Pero tan disparatada me pareció la comunicación, que tardé algún tiempo en entregarla. Cuando lo hice, exclamó la amiga: «¿Ha escrito esto? Entonces es sin duda alguna de Julia».

—«¿Pero cómo pudo usted ir con ella á ver á Minerva?»—pregunté.

—«Minerva era el nombre que habíamos puesto á una amiga»—contestó.

***

Las maravillas del cuerpo humano

«Contempla el ojo, que en su fotográfica galería en un instante se apodera de la montaña y el mar. La perpetua telegrafía de los nervios que son tan sólo bisagras que jamás se gastan; esos huesos y músculos del cuerpo con catorce mil

adaptaciones; esas cien mil glándulas, esos doscientos millones de poros; ese misterioso corazón, contrayéndose cuatro mil veces en cada hora, dando paso á doscientas cincuenta libras de sangre cada sesenta segundos; los procesos químicos de la digestión; ese laboratorio que está fuera del alcance de la inteligencia de la más alta filosofía; ese horno que arde desde la cuna hasta el sepulcro; esa fábrica de vida cuyos huesos, y ruedas y manos están dirigidos por Dios; esa voz humana capaz de producir diecisiete trillones quinientos noventa y dos billones, ciento ochenta y seis millones, cuarenta y cuatro mil cuatrocientos quince sonidos. Si pudiésemos representarnos en toda su realidad las maravillas de nuestra organización física, nos haríamos hipocondríacos, temiendo, á cada movimiento, que estallase alguna pieza de nuestra máquina».

T. in India

***

Las esferas del ser

Había en nosotros dos criaturas distintas. Según Swedenborg, el ángel sería el individuo en el cual el sér interno logra triunfar del sér externo. Si un hombre quiere obedecer á su vocación de ángel, tan pronto el pensamiento le muestra su doble existencia, ha de tender al fomento de la exquisita condición de ángel que está en él. Sí, por no tener un conocimiento traslúcido de su destino, hace predominar la acción corporal en vez de corroborar su vida intelectual, todas esas fuerzas pasan al dominio de sus sentidos externos, y el ángel muere lentamente á causa de la materialización de ambas naturalezas. En el caso contrario, si sustenta su interior con las esencias que le son propias, el alma se sobrepone á la materia y procura separarse de ella. Cuando su separación se efectúa bajo la forma que apellidamos la Muerte, el ángel, sobrado poderoso para desprenderse de su envoltura, subsiste y empieza su verdadera vida. Las individualidades infinitas que diferencian á los hombres no pueden explicarse más que por esa doble existencia; la dan á comprender y la demuestran. En efecto, la

distancia que separa á un hombre cuya inteligencia inerte lo condena á una estupidez aparente, de otro hombre á quien el ejercicio de su vista interna ha dotado de una energía cualquiera, ha de hacernos suponer que puede existir entre los ingenios y otros seres la misma distancia que separa á los ciegos de los videntes. Este pensamiento, que extiende infinitamente la creación, da en cierto modo, la llave de los cielos. Aparentemente confundidas acá abajo, las criaturas están, según la perfección de su *sér interno*, distribuidas en esferas distintas de costumbres y lenguaje diferentes entre sí. Tanto en el mundo invisible como en el mundo real, si algún habitante de las regiones inferiores llega, sin ser de ello digno, á un círculo superior, no sólo no comprende de él las costumbres y el lenguaje, pero también su presencia allí paraliza las lenguas y los corazones. Dante, en su *Divina Comedia*, quizás tuvo una leve intuición de las esferas que empiezan en los dolores y se elevan moviéndose armilarmente hasta los cielos. La doctrina de Swedenborg sería pues la obra de un espíritu lúcido que había registrado los innumerables fenómenos por los cuales los ángeles se revelan entre los hombres.

H. de Balzac

(*Luis Lambert*. Pág. 32, 33 de la Traduc. Castellana).



Tu sombra

No reflexionas cuando miras tu sombra?

Esa forma de tí, reptante, horrible, oscura, que ligada á tus pasos como un viviente espectro, á veces va detrás y á veces adelante, que hace alianza con la noche, su funesta hermana mayor y que protesta contra la luz con negrura y con dureza, de dónde viene? De tí, de tu carne, del limo, con que se reviste el espíritu al convertirse en demonio; de este cuerpo, que creado por tu primera falta, habiendo rechazado á Dios, se resiste á la luz; de tu materia, ay! de tu iniquidad. Esta sombra dice: Soy el ser de flaqueza; he caído ya, puedo volver á caer. El ángel deja pasar á través de sí la aurora; ningún

simulacro oscuro acompaña al cuerpo aromal. Hombre, todo lo que hace sombra, antes ha hecho el mal.

VÍCTOR HUGO

(*Las Contemplaciones.*—Vol. II, pág. 212).

*
* *

HECHICEROS DEL THIBET

«Estas gentes hacen uso de la necromancia, y por su arte infernal ejecutan los más extraordinarios y engañosos encantamientos que se hayan visto ó de que se tenga noticia. Hacen levantarse tempestades, acompañadas con resplandores de relámpagos y truenos y producen muchos otros efectos milagrosos».

MARCO POLO

(Cap. XXXVII de sus *Viajes*).
(Por lo tanto conocieron y manejaron la electricidad).

*
* *

LA CREACIÓN

Dios sólo ha creado al ser imponderable.—Lo hizo radiante, hermoso, adorable, cándido—pero imperfecto; sin lo cual, siendo igual la creatura á su creador, en la misma altura—esta perfección, perdida en el infinito—se habría mezclado y confundido con Dios,—y la creación á fuerza de claridad—hubiera entrado de nuevo en él y no hubiera existido.—La santa creación en donde el profeta sueña—para existir, oh profundidad! debía ser imperfecta.

Luego, Dios hizo el universo, el universo hizo el mal.

VÍCTOR HUGO

(*Las Contemplaciones.* V. II pág. 210-211.)

*
* *

BIBLIOGRAFÍA

Hemos tenido la satisfacción de recibir un nuevo libro, obsequiado para nuestra biblioteca por la casa editora, John

M. Watkins—21, Cecil Court, Charing Cross Road, de Londres, W. C. Intitúlase esta obra *The Perfect Way; or The Finding of Christ*, y son sus autores Anna (Bonus) Kingsford (M. D. of faculty of Paris) y Edward Maitland (B. A. Cantab). La edición es esmeradísima; contiene algunas interesantes ilustraciones y una pasta grabada, original y simbólica. Aun no tenemos idea de su texto, que indudablemente ha de ser valioso. VIRYA agradece vivamente el obsequio.

*
* *

Recibimos con perfecta regularidad las subscripciones de la magnífica revista ilustrada *The Theosophist*. Esta publicación, que cada mes aparece en un gran tomo de lectura teosófica original, fue fundada por H. P. Blavatsky y el Coronel Olcott, y la edita la actual presidente de la S. T. Mrs. Annie Besant. Recomendamos su adquisición á los amantes del adelanto.

*
* *

UN VUELO PREMATURO

POR TOMÁS POVEDANO

A doña María de Arcos

¡Madre mía!

HACE mucho tiempo que ansío dedicarte alguno de mis escritos, y siempre la ofrenda viene pareciéndome indigna de tí. Por fin hoy me decido, á causa de que el asunto de esta obrita me fue inspirado por alguien que también te ama mucho; mi labor en ella, es la del artista que se esfuerza por dotar de forma apropiada á una idea que considera hermosa y buena. Yo sé qué acogida le prestará á mi esfuerzo tu alma delicada. ¡Ojalá su lectura, pueda siquiera mitigar los rigores de la ausencia de tus hijos, que tanto te recuerdan, y desde estas hospitalarias tierras esperan siempre tus bendiciones.

*
* *



Miss Ethel

Prólogo

AHURAMAZDA dice: «Lo hermosísimo, lo puro, lo inmortal, lo brillante, todo esto es bueno. Honremos al espíritu bueno, el reino bueno, la ley buena y la buena sabiduría.» (Yasna, XXXVII). Inspirado en tan elevados ideales, con la intención de acomodar la luz de mi modesta lámpara á la resistencia visual de aquellos que no soportan por largo tiempo y sin fatiga un foco de mayor intensidad, he pretendido presentar en forma amena á la benevolencia del que leyere, algunas enseñanzas muy antiguas, que en épocas determinadas vienen ofreciéndose al mundo, y especialmente á los que suspiran amorosos por el humano adelanto. Entre estas enseñanzas existe una, que afecta imperativamente á los estudiantes entusiastas y sinceros, pero aun inexpertos, que, como en la «Voz del Silencio» nos previene el inmortal Maestro, H. P. B., *ignoran los peligros* del IDDHI inferior.» [1]

No desconozco la prevención y resistencia conque, desgraciadamente, han de ver muchos esta obrita, en la cual solamente creerán encontrar imperando la soñadora fantasía, pretendiendo osada, imponer como reales una serie de hechos imaginarios, para mí y para muchos otros absolutamente efectivos y comprobados. Mas tal prevención, muy natural por cierto, en los que en todo tiempo vienen desentendiéndose de prestar ojos y oídos á la voz interior que nos llama á la conquista de planos superiores de existencia, no detendrá el impulso que me anima de agregar siquiera este grano de arena en favor de la grande obra, que otros con mayor competencia vienen siempre elevando en favor del adelanto humano.

TOMÁS POVEDANO

[1] La palabra *Iddhi*, es el sinónimo del Sánskrito Siddhis, ó facultades psíquicas, los poderes anormales en el hombre. (O. c.)

UN VUELO PREMATURO

«¡Oh si pudiera
el vigor del espíritu que anima
el Verbo humano, la secreta clave
revelarme de todos los enigmas!»

FAUSTO

CAPÍTULO I

EN ESCENA

EL aire frío y penetrante de la mañana, las diáfanas oleadas de vibrante luz empujan á duras penas la densa niebla en que se envuelve la activa capital del Reino Unido. Circulan por sus calles los elegantes trasnochadores que pervierten por doquiera el orden regular de la existencia; los innúmeros viajeros que, como aves migratorias, se disponen á levantar el vuelo en dirección á todos los pueblos de la tierra; los millones de obreros que manipulan en tanta clase de industrias, ávidos de futuras redenciones; los severos é irreprochables mantenedores del orden, alguna que otra excéntrica personalidad, más ó menos soñadora é independiente, que prefiere admirar las bellezas del amanecer á la dulce molicie, tan nociva, ó bien, aquellos que, conociendo el valor, la influencia vivificante que prodigan paternales, los rayos del sol naciente, acuden solícitos á disfrutar ese don tan precioso. A esta última clase de madrugadores pertenecía, sin duda alguna, la joven elegante que, al abrigo de suaves y perfumadas pieles, y cubierto el abundoso cabello, de broncíneos reflejos, por graciosa gorrita de abrigo, se hacía conducir en ligero esquife por el turbio Támesis, en cuya ondulante superficie se quiebran en fantástica danza las vigorosas siluetas reflejadas por naves y murallones, y los chorros de oro líquido, de las luces que fulguran en las lámparas y los eléctricos reverberos.

Hunde afanosamente nuestra viajera su penetrante mirada en las brumas luminosas del horizonte; el fruncimiento de sus cejas, bien dibujadas, acusa una atención tenaz, y la ancha frente, marfi-

lina y pura, enérgica y dominadora voluntad. Y en efecto, enérgica voluntad indomable, á servicio de elevados ideales, constituyen los rasgos más pronunciados del carácter de Miss Ethel Heathfield. Es tan particular la expresión de esta joven, irradia de ella una corriente tal de gracia severa, de soberana elegancia, que verdaderamente subyugan. La niebla, que se iba disipando, dejó al fin paso á un dardo luminoso, el cual, al herirle sus azules pupilas la arranca de tan obstinada abstracción.

Dirigiéndose entonces hacia su pequeño sirviente, un rapazuelo que se erguía bajo pesada librea, orgulloso de merecer la confianza de tan distinguida compañera de viaje, ordenó: volvamos, Dennis. Trasmitióle éste la consigna al esforzado marino que les conducía, el cual, haciendo palanca con un remo contra la corriente hizo virar la lancha, y marcó el rumbo en dirección al punto de partida.

Animábase en tanto el muelle como en los días festivos, porque los desocupados concurrían con anticipación al anuncio de unas regatas. Faltaban sólo algunas brazadas para tocar á tierra nuestros paseantes, cuando solicitó su atención el chapuzar inmediato de otros golpes de remo. Era que cruzaba y cortaba las aguas á popa otra lancha ocupada por jóvenes alegres, acompañados de unas cuantas muchachas no muy recatadas. Algunas de ellas jugueteaban lanzándose manotadas de agua, en tanto que otras sostenían bullicioso diálogo con sus alegres y alocados camaradas. Un concepto poco conveniente estalló de aquel grupo, entre un coro de carcajadas argentinas, y vino á herir la susceptibilidad de Miss Ethel, la cual, ligeramente sonrojada, y procurando aparecer indiferente, se decía: ¿por qué siempre que se acercan á mí estas mujeres despreocupadas he de sentir hacia ellas tan invencible repulsión, al mismo tiempo que mi alma se estremece de amorosa piedad? Quisiera confundirlas al impulso de mis miradas y al par estrecharlas amorosamente contra mi pecho. ¡Qué misterio es la vida! Y bajo la influencia de tan encontrados sentimientos arribó al desembarcadero.

—¿Señorita?—interrogóle el marino cuando ella subía con ligero paso las macizas gradas de piedra;— hasta cuándo?

—Dennis le dará el aviso. Adiós, Alexander.

—Adiós señora: dijo el buen hombre, llevándose la recia mano hacia la barretina, en ademán de respetuosa complacencia.

Dennis, empaquetado en su abrigada librea, seguía á su joven señora, soplándose las puntas de los dedos, entumecidas por el frío.

Amarra su lancha el remero, hombre de unos cincuenta años, que tenía todo el aspecto de haberlos pasado, casi íntegros, en lucha con las olas; coloca en su lugar los remos; y en tanto que carga su vieja pipa y mira á sus viajeros alejarse é irse confundiendo entre la muchedumbre, que ya casi rebosa por la ancha avenida, comienza á recordar una vez más antiguos sucesos; enciende el tabaco, se sienta

en negligente actitud, pásase el dorso de la mano por los requemados labios, y columpiado por el semi-oleaje, se dice mentalmente:

—¡Lo que es el tiempo! como corre el muy bribonzuelo, cambiando de aspecto todas las cosas, hasta que da con nuestro pellejo en tierra ó en el vientre de un tiburón! Parece que fue cosa de ayer, cuando yo iba cuidando á esa señorita, entonces una linda rapazuela con cabellos de oro, por aquellos frondosos campos indianos. Ya entonces comenzaba á ser rara.

Cójeme aquella gran flor, Alexander.

—Señorita, tenga en cuenta que puede ser dañina.

—No importa: yo quiero verla, tenerla en mi mano.

—¿Y su mamá? ¿No recuerda usted sus órdenes?

—Bueno, entendido, cójala, que yo le disculparé.

—¡Ea, bien, aquí está; pero en mi mano!

—¡Que linda es, amigo mío! ¡que fragante! Y dígame Alexander, ¿quién la sembró? ¿por qué es tan grande? ¿por qué es roja y no amarilla? Mire, contésteme; pronto, pronto, diga: ¿por qué son las flores distintas? quién las hace nacer y para qué? Y de aquí... la mar con sus peces. Una filada de preguntas, ensartadas como un rosario sin fin, hasta que la niña viéndome mareado y sin saber como salir del apuro, se ponía furiosa, y golpeando con sus piececitos el suelo y enseñándome los puños en agresiva actitud, chispeándole los ojos de indignación, exclamaba: ¡Tonto y retonto que sóis! ¿Vos tampoco sabéis más que los otros? ¡Ya no os quiero! Y se marchaba, ofendida como una gran señora, y mientras, yo iba creyéndome también tonto y más que tonto, y se me apretaba de angustia la garganta.

La niña, imponente como su padre, y como su madre bondadosa, *aunque no nació en Inglaterra*, era linda hasta donde no hay más allá.

Hoy era una flor el motivo de los empeños de la niña; mañana una mariposa, un pájaro, una mosca, una serpiente, un elefante, una estrella y otra y otra luego.

¿Pues y el día en que vió á aquella viejecita enferma y temblorosa, que descendía casi arrastrándose camino de su pobre vivienda?

—Alexander, ¿por qué tiembla? ¿por qué no tiene la cara como nosotros? ¿por qué no anda derecha y ligera?

—Pues, porque tiene muchos años, está enferma, es pobre.

Y ¿por qué está enferma y es pobre? Yo quiero que esté buena y que no tiemble así, sabes?

Llegaba aquí de su accionado monólogo el bueno de Alexander, cuando un curioso que hacía rato le contemplaba sonriendo, le gritó: ¡Alexander, eh, amigo! Bien se conoce que quien con locos anda...

—Si quieres poder seguir llamándome amigo, alma de cántaro, replicó el aludido, ve como hablas de las nobles personas que yo tanto amo y respeto.

—No te enojes, compañero, ni seas ingrato: dijo el bromista recién llegado, mostrándole un frasquito de ginebra que traía en un bolsillo de su capote burdo. Cuando así me cuido de venir á darte los buenos días, me recibes con el gesto huraño de un oso polar. Tú sabes que te hablé en chanza al referirme de ese modo á tus señores, que basta que los quieras tanto, para quererlos yo también. Dicho lo cual saltó á la lancha, simuló un golpe de box contra Alexander, el cual ofreciéndole perezosamente la mano y obligándolo á sentarse, se expresó en los siguientes términos:

—Camarada, no es bien nacido el que no sabe agradecer: convengamos en ello. Yo acompañé como sirviente á los señores Heathfield durante su viaje de novios, por tierras lejanas, y luego á la India, cuando el señor comandaba el yacht «Aurora»de que fue propietario. Mientras residieron en aquellos países, disfrutando de la gran herencia que les legara un famoso armador, tío del patrón, nada me faltó. La buena señora atendía á mis necesidades, y hasta costeó la sepultura de mi pobre vieja, que murió durante mi ausencia; también me dejó una pensión de por vida. Tú sabes, George, que si ando á la brega con esta lancha no es porque tenga que trabajar para ganarme la existencia, sino porque sé que cuando deje el remo me muero: que el agua y la brega es al marino como el viento á las gaviotas.

Llegando aquí, le alargó George el tarrito de marras al narrador, y éste lo rechazó no sin cierta penilla mal disimulada, diciendo: camarada, yo no estoy muy conforme con tu disculpa, y aunque desde que la diste dejé de mirarte con malos ojos, la verdad, me parece que cometo un delito al aceptar una fineza de quien con tanta precipitación, de broma ó nó, califica de loca á la niña más cuerda que ha nacido de madre.

—¡Y, dale, bola! ¿Sabes que estás pesado esta mañana? ¿Me consideras tan falto de juicio que no sea capaz de conocer el mérito de tu encantadora señorita? ¿No has comprendido que al nombrártela, aunque así, tan de mala manera, lo que me propuse fue hacerte hablar de ella y de su familia? ¿Acaso, se encuentran gentes tan buenas y generosas todos los días? Toma, toma, no me desprecies, y dime: ¿De dónde era la señora de Heathfield?

Alexander aceptó el obsequio á regaña dientes, pero mirando con cierto aspecto de complaciente reproche á su bondadoso camarada, y moviendo la cabeza con malicioso y amenazante ademán, dijo: La señora, griega de origen é hija de padres nobles, era lo que se llama un ángel; á su lado no había pobres. Cuando menos se pensaba me hacía cargar con un lío de ropas, y hala con ella á alguna de las viviendas de los barrios, donde había miserias ó enfermedades qué remediar; y afloja unas cuantas esterlinas aquí y otras allá, que no he visto manos tan largas en la edad que tengo; pero, ni tampoco más primorosas para hacer labores y tocar el piano. Tenía el defecto de

no profesar nuestra religión, y la pena de que su niña la inquietaba en la iglesia con preguntas á las que no siempre encontraba respuesta. ¡La muy ladina de la muchacha!... Pues, como te iba diciendo, era mi señora una bendición y Mr. Heathfield, que era un caballero respetable y silencioso, la adoraba de tal manera, que, desde que la perdió, nunca le he visto la sonrisa.

Y de qué murió? preguntó George, que parecía vivamente interesado en el relato de su amigo.

—Te diré: La señora tenía mal de patria. Los calores de la India no le sentaban bien, y así pasó algunos años, ya mejor ya peor, adelgazando y perdiendo los colores y la alegría. Oí decir (pero cuidado con hablarle á nadie de esto), que la señora se quedaba á lo mejor traspuesta, y que entonces anunciaba las cosas que tenían que pasar, y que echaba con los ángeles y con las gentes del lado de allá sus buenos ratos de palique...

—Alexander, amigo, esa si que no cuela! Toma otro traguillo para que se te aclare la mollera. ¿Tú también crees en esas tonterías?

—Mira George, no tomo más, porque mi señorita dice que los licores le tienen vuelto el corazón y el juicio á las gentes. En cuanto á si hay ángeles ó demonios, tanto sabes tú como yo de ello. ¿Y por qué no habría de haberlos? Ese era el punto en que yo creo que no estaban muy de acuerdo tampoco mis señores. El decía que había que ver para creer, la señora que creía porque estaba viéndolos, y la niña mediaba en el pleito.

—¿Y cómo mediaba?

—Pues ella decía que lo pensaba averiguar, y que su madre era incapaz de mentir.

—No miente, pero ve visiones: agregaba el señor.

—Y ¿cómo sabe usted, señor, que son visiones? ¿Nos lo podría usted demostrar? respondió la niña.

—Qué dices tú de eso Alexander? me preguntó muy gravemente el señor, cierto día en que estaban dale que te das, conque si los hay, conque si no.

—¡Habla, hombre, habla! agregó sonriendo mi señor.

Entonces, yo, me atreví á proponer que, como pudieron ser hechos los hombres, bien pudieron hacerse los ángeles también. Y por cierto que mi amo soltó la primera carcajada que yo le oyera, y que mi señora me dió las gracias mirándome con aquellos ojos tan grandes y tan risueños... que no se pueden olvidar.

—¿Y la niña qué dijo?

—Por el momento nada: luego, en cuanto se encontró conmigo y sin peligro de que la oyeran sus padres, se me acercó, y sigilosamente me dijo: ¡Bravo, mi buen amigo! ¡veo que usted no es tan tonto!

¡Parece que fue ayer!

—Todo eso está bien, camarada; pero con respecto á «de qué mu-

rió la señora», si no lo tomas á mal, estamos como al principio del cuento.

—Es muy cierto, amigo: Pues como te decía, ella andaba malucha, y á corre que te alcanzo para socorrer á los enfermos y necesitados, cuando apareció el cólera en la provincia de Bengala. Hubo una terrible mortandad en Calcuta, y á consecuencia, en muchas casas no quedó ni un sirviente; pues ya me tienes á Mrs. Heathfield haciendo en ellas el oficio rudo de enfermera, de día y de noche, aquí curo á uno, allí alimento, allí consuelo al de más allá, ya entrego á las autoridades estos huérfanos, ya recojo temporalmente á otros, hasta que el contagio acabó con ella también. ¡Que días tan espantosos! El risueño hogar quedó como un desierto, y el señor, poco tiempo después, reunió sus riquezas y «á tu tierra se ha dicho». La niña creció al lado de una institutriz, y de su ama de llaves; ve de tarde en tarde á su padre, que la deja gobernarse á su gusto, y le tiene señalada una renta que gasta en su mayor parte en libros y en viajes, y aquí paz y después gloria. ¿Quiéres saber algo más?

—Pues, la verdad es, que no me daría cuidado de seguir oyéndote, y así lo hiciera si pudiese disponer de más tiempo, porque lo que toca tú, tienes ropa que cortar para rato...¿No es así, mi viejo marino?

—Así es amigo. Cuando lío el hilo, tratándose de mis señores, no le veo el fin.

—Pues otro día seguiremos devanando la madeja, si viene á cuento, ¿no te parece?

—Tú lo has de ver amigo.

—Hasta entonces, y buen negocio, Alexander.

—Que lo pases bien, amigo George.

CAPÍTULO II

FIRME EN SU TEMA

En su paseo matinal, acariciada por los juguetones y frescos alisios, tuvimos la oportunidad de conocer á la linda protagonista de nuestra historia. Admiramos su exterioridad muy de paso, siendo instruídos acerca de ciertos pormenores que dibujaban las tendencias principales de su carácter y sus raras aficiones, por la charla de su viejo sirviente Alexander.

La influencia oriental, corrientes vivas de pensamiento, algo invisible que en aquellas alturas solicita la atención del ser humano sobre los grandes problemas de la vida, fueron, probablemente, los elementos que modelaron el alma, ya preparada por anteriores esfuerzos, que con tan particulares tendencias se encontraba prisionera del bien modelado estuche que respondía al nombre de Ethel.

Ahora volvemos á encontrarnos cerca de ella, en su casa de campo, antiguo palacio con honores de quinta moderna, que rodeada de parques añosos se hallaba situada en las cercanías de la metrópoli inglesa. Entre la sombra de los grandes árboles pacen tranquilos los ciervos, que allí nadie inquieta, y los cisnes navegan por los lagos artificiales, bordeados de álamos, mimbres y espadañas.

Nuestra inglesita aprovecha el tiempo en su cuarto de estudio. Interín halla algo que le interesa encontrar entre antiguos infolios, libros raros, llenos de geroglíficos extraños, grimorios y talismanes, sentada ante su bufete, recuerda aquellos versos del divino Pitágoras, que dicen: *Todo se logra con la constancia... De los seres diferentes tú sondearás la esencia.* Examina algunos textos impresos en sánscrito, idioma que aprendiera en su precoz infancia bajo la dirección de un indio anciano y sabio, místico independiente de toda secta, que miraba á su discípula con particular predilección.

El cuarto de estudio de Ethel, era un lugar sólo accesible para Mr. Heathfield. Ella tenía, profundo, amoroso respeto por su señor padre, un verdadero gentleman, que la adoraba y satisfacía sus menores caprichos, y que llevaba como buen inglés hasta el extremo su respeto por las ideas agenas. Después de él no había paso para nadie en aquella singular estancia, no exenta de confort y de elegancia. Para otros de sus pocos visitantes, tenía un saloncito de recibo muy coqueto.

Sólo se oye de vez en cuando el rozar de las hojas del libro que encadena ahora la voluntad de Miss Ethel, el chasquido particular que por intérvalos producen las humeantes astillas, y el tic tac del péndulo de níquel que ocupa su puesto en la mesa de escritorio, y que como cuidadoso servidor parece decirle á su linda señora: «Calma, calma, querida mía; para todo ofrece el tiempo su hora; no por mucho madrugar amanece más temprano».

Flamea la fogata haciendo danzar las sombras que los muebles arrojan sobre la alfombra y los tapizados muros, coloreando con matices diversos cuanto tocan los cálidos reflejos, y en medio de todo, sobresale, alumbrada por una preciosa lámpara de escritorio, el lado izquierdo del busto inclinado de nuestra lectora, y el libro en que estudia. Esto es todo lo que vemos y entendemos.

Averigüemos lo que lee y sorprendamos lo que piensa Miss Ethel, y demos de ello rápido traslado.

Pues, medrados estaríamos si se limitara á lo dicho el resultado de nuestra curiosidad. Tenemos orden de investigar más hondo, y un compromiso de honor para con nuestros lectores. Hay que decidirse, y á ello se ha dicho:

Lee así: ¡«Querer, Osar, Poder»!... y prosigue: «Arrebatar el fuego del cielo y destronar los dioses, es el sueño eternal de Prometeo»...

Cierra el libro, se recoge en sí misma y se dice: Este sentencioso

concepto me previene que debo recelar de los afanes que aliento. Por causa semejante fue condenado Prometeo al mayor de los suplicios. Un cuervo le roía las entrañas lentamente, hora tras hora, y sin defensa posible contra él. ¿Qué quiere decir esto?

Aquí, de igual manera que en todos los grandes símbolos, se encierra un interesante enigma, talvez menos velado que otros muchos. Prometeo no ha podido ser un hombre: es la gigante expresión de un noble anhelo humano: su castigo... ¿pero, por qué ese castigo? ¿En nombre de qué principio de justicia pudo ser castigado? Si está en lo posible escalar la altura; si el fuego del cielo se halla á disposición de la osadía, del valor heróico, ¿no es razonable que el osado, el valeroso, levante su cabeza y suba y suba, hasta dar con el luminoso tesoro de la inmortalidad?

Siempre que tales ideas me asedian, me siento fluctuar en la más penosa duda: ¡la fría duda, tan desconsoladora y cruel! Me veo como la flecha en manos de un cazador inexperto. El arco tirante del deseo me empuja, me detiene la irresoluta mano del temor. Grita la dominadora voluntad: ¡avanza! y una voz imperceptible, que avasalla, ruega así: ¡detente!

Y detenida estoy, cobardemente detenida, desconociéndome, preguntándome: ¿Entonces, para qué sirve la voluntad? ¿cuándo, cuándo será la hora de Osar, de Poder?

Suena un timbre, que le produce á Miss Ethel una tremenda sacudida nerviosa, y corre hacia la puerta. A respetuosa distancia de élla, Dennis, el apuesto pajecito, anuncia: Mr. Eyrecourt.

—Dele entrada al saloncito, y que espere un momento.

Miss Ethel enciende otra lámpara contigua á un gran espejo, se contempla en él, y compone la expresión exaltada de su rostro. Pasa con arte su mano por el cabello en desorden, y sonríe. Es que se encuentra altamente bella y distinguida, tanto, que, por un momento, triunfa el sentimiento del arte sobre el de la severa filosofía; pero, sólo por un momento.

—Gracias, Sir Eyrecourt, veo que no me olvidáis.

—Miss Ethel, bien sabéis que eso es imposible.

—Bien, amigo mío: ¿Vuestros negocios?... las impresiones del viaje?... mis encargos?

—Mis negocios, tal cual. Parece que la herencia de mi madre será respetada. Con ella no tengo inquietud respecto de su porvenir, y podré realizar la anhelada excursión por el Oriente. ¿Me acompañaríais?

—No, amigo mío: Aun no es tiempo. Mi señor padre quedaría demasiado solo, y además, me oprime la idea de despertar dolorosos recuerdos.

—Esas debilidades en vos?

—Callad, Henry.

—Está bien, ordenad: Ya podéis imaginaros mis impresiones de viaje, conociéndome, tanto como conocéis á mi familia, y los hermosos caminos que á mi antiguo hogar llevan. En cuanto á vuestro encargo, os diré, que el extranjero, según su fama, hace verdaderos prodigios.

—¿Sí?, no os lo predije, Henry? Mis presentimientos me engañan pocas veces. ¿Me podéis presentar á él?

—Con mil amores. Tendré el placer de acompañaros, Ethel, y, perdonad: seré todo ojos para sorprender los artificios del famoso encantador, ya que vos, dadas vuestras aficiones, no podréis ser suficientemente imparcial para apreciar si hay ó no artificio en sus asombrosas experiencias.

—Señor pretencioso, os llevaréis el gran chasco; ya lo veréis.

—Veremos cuál de los dos.

—Sí lo veremos.

—Y hablando de otra cosa, si no os molesto: ¿habéis profundizado mucho en vuestras amadas entelequías durante mi ausencia?

—Mis entelequías, señor, son á lo que voy comprendiendo hondas y extensas, más que los mares; su profundidad es inconcebible.

Quedóse un breve rato pensativo Mr. Enry Eyrecourt, el cual, permítasenos el paréntesis, era un joven inglés, correcto, educado, de regular estatura, de noble corazón, y carácter independiente. Desde que en un *tea party* fueron presentados nuestros interlocutores, se estableció entre ellos íntima simpatía: una viva amistad, casi rayana en fraternal sentimiento. En ambos corazones palpitaba la lealtad. Algo diferentes en su modo de apreciar las cosas, coincidían en lo sinceros y lo excéntricos.

—¿Qué os pasa Henry? perdonad el interés.

—Tal interés me honra, Miss Heatfiel, y no tengo porqué ocultarlo: bien quisiera que pudiéseis tener la llave de mi corazón.

—Eso, amigo mío, sería demasiado grave; figuraos que la perdiera, abstraída en mis hondas meditaciones...

—Vuestras hondas meditaciones; pues ahí está la clave del enigma; ved lo que tan seriamente me preocupa: ¿seré acreedor á conocer cuales han sido las últimas que entretuvieron vuestros afanes?

—Bien sabéis, Henry, que siempre os hago partícipe de mis dudas y aspiraciones. Cuando llegásteis, me abrumaba la contrariedad, amigo mío, de no hallar punto de conciliación entre el axioma tan repetido en las obras que tratan de magía, que dice: *Osar*, *Querer*, *Poder*, y el castigo que se le infligiera á Prometeo por haber osado, querido y podido subir á la altura, para traerse á esta mísera tierra el fuego divino. ¿No os parece por demás importante el asunto?

—Sí por cierto, Ethel; pero no os enojéis,—yo os lo ruego—si os digo que eso lo creo más propio de una cabeza llena de arrugas, blanca por el peso de los años, que de la vuestra en que aletea la primavera

Os considero como una flor temprana y bella, agostándose entre el polvo de libros viejos, en lugar de dejarse mecer por los aires vitales en el jardín, disfrutando de los dones naturales. ¿Por qué no dar tiempo al tiempo? Para volar tan alto,—perdonad,—no son suficientes los mejores deseos, las cualidades más elevadas del intelecto: se necesitan alas. Estáis en la edad en que debe el corazón dominar á la cabeza, en la edad de las bellas ilusiones; aprovechadla. ¿No habéis sentido la imperiosa llamada del mayor de los dioses, vos que tan á pleito váis tras ellos?

—¿Qué llamada es esa Henry?, interrumpió Miss Ethel, que había escuchado atentamente á su interlocutor, pálida, emocionada y sorprendida.

—La del amor, ¿qué otra pudiera ser?

—¡La del amor! De qué amor me habláis, Sir? Yo amo á mi padre, amo la ciencia, el bien, el adelanto humano, á todas las criaturas, á vos, á la Causa Suprema de todas las cosas.

—¿A mí, habéis dicho?, exclamó Henry exaltándose y poniéndose de pie como aturdido por la violencia de tan inesperada revelación.

Ethel, conmovida, se levanta también y reprimiendo su sorpresa exclama:

—Mr. Eyrecourt, así olvidáis vuestra promesa? Yo os amo á vos, he dicho, pero con un amor puro, desinteresado, fraternal. ¿Es otro, acaso, el que me habéis prometido? ¿A qué precio os doy mi absoluta confianza, Sir? Responded, responded amigo mío. Yo no quiero, no puedo renunciar al apoyo de mi buen hermano adoptivo, no, no puedo, y según veo tengo que pasar por tan intensa amargura, porque Henry, yo no me permitiría alimentar en nadie, y menos en vos, la esperanza en un afecto que mi naturaleza entera recusa... Decidme pronto, hermano querido, con la mano puesta entre las mías, para que yo perciba por ellas que sois sincero, que reiteráis vuestras promesas fraternales; juradme que sólo aspiráis á ser mi hermano.

Henry, dominado, casi sin aliento, sin saber lo que hacía, con una mano oprimiéndose el pecho y con la otra extendida sobre las de Ethel, refrenando las lágrimas que amenazaban desbordarse de sus ojos, arrepentido de su pasada debilidad, balbuceó: Lo juro!

—Gracias, gracias, Henry amigo; no recordemos más esta hora difícil y angustiosa; volvamos á nuestra bendita confianza.

—Sí, volvamos, Ethel, me olvidé un momento de vuestra inflexible voluntad, y de mí mismo. ¿Queréis mañana dar un paseo por el bosque? ¿Aceptaréis un lindo alazán que me permití traeros de Argelia?

—Sea como gustéis, hermano mío.

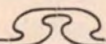
—Pues mañana, al lucir el alba, estaré con él en el parque.

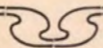
—Adiós, adiós...

¿Por qué lloró amargamente Ethel, olvidando por aquella noche su problema de Prometeo? ¡Quién lo sabe!...

Pero una idea logró por fin enseñorearse de su pensamiento, como el águila de la empinada cumbre: fue la siguiente, que trajo consigo un mundo de soñadas esperanzas: El hombre extraordinario, á quien se me presentará muy pronto, será mi guía, mi maestro. Levantó el pesado portier que cubría una hermosa ventana, y mirando al firmamento, en el cual brillaban con vivo fulgor aquella noche las estrellas, se arrobó contemplándolas en éxtasis tal, que su belleza, más que de mujer parecía la de un ángel.

(*Continuará*)







MRS. ANNIE BESANT,

PRESIDENTA DE LA S. T.